

LA NOVELA
TEATRAL

LA MARSELLESA

Zarzuela en tres actos

Ramos Carrión

AURORA M. JOFRÉ

«LA GOYA»

20 cts.

Joaquín
1918

JT - F 2845



LA NOVELA TEATRAL

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍJA

Complemento de LA NOVELA CORTA

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista transcribimos la relación de

OBRAS PUBLICADAS

- 1 TRATA DE BLANCAS.—Felipe Trigo.
- 2 LA SOBRINA DEL CURA.—C. Arniches.
- 3 **EL MÍSTICO**.—Santiago Rusiñol.
- 4 LOS SEMIDIOS.—Federico Oliver.
- 5 LAS CACATUAS.—Casero y G. Alvarez.
- 6 EL LOBO.—Joaquín Dicenta.
- 7 CHARITO LA SAMARITANA.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 8 **EL VERDUGO DE SEVILLA**.—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 9 TODOS SOMOS UNOS.—J. Benavente.
- 10 EL REY GALAOR.—F. Villaespesa.
- 11 LA CASA DE QUIROS.—C. Arniches.
- 12 FUCAR XXI.—Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
- 13 **EL RÍO DE ORO**.—Paso y Abati.
- 14 SOBREVIVIRSE.—Joaquín Dicenta.
- 15 ALMA DE DIOS.—Arniches y García Alvarez.
- 16 **EL CARDENAL**.—L. Rivas y Reparaz.
- 17 EL POBRE VALBUENA.—Arniches y García y Alvarez.
- 18 EL HOMBRE QUE ASESINO.—Traducción de Antonio Palomero.
- 19 LAS ESTRELLAS.—Carlos Arniches.
- 20 DOLORETES.—Carlos Arniches.
- 21 **LA SEÑORITA DE TREVELEZ**.—Carlos Arniches.
- 22 SERAFINA LA RUBIALES.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 23 ABEN-HUMEYA.—Francisco Villaespesa.
- 24 EL SEÑOR FEUDAL.—Joaquín Dicenta.
- 25 **LA ETERNA VÍCTIMA**.—F. Trigo.
- 26 JIMMY SAMSON.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 27 LOPEZ DE CORIA.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 28 LA GIOCONDA.—G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaespesa.
- 29 **PRIMAVERA EN OTOÑO**.—Martínez Sierra.
- 30 EL CRIMEN DE AYER.—Joaquín Dicenta.
- 31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.—Traducción de Gil Parrado.
- 32 FRANCFORT.—Vital Aza.
- 33 LA REBOTICA.—Vital Aza.
- 34 **LA FRESCURA DE LA FUENTE**.—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 35 PRIMEROSE.—Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 36 CIENCIAS EXACTAS.—Vital Aza.
- 37 Doña María de Padilla.—F. Villaespesa.
- 38 **RAFFLES**.—Traducción a Palomero.
- 39 LA PRAVIANA.—Vital Aza.
- 40 EL GRAN TACAÑO.—Paso y Abati.
- 41 MIRANDOLINA.—Cristóbal de Castro.
- 42 **GENIO Y FIGURA**.—Arniches, Abati, Paso y García Alvarez.
- 43 LA GENTUZA.—Carlos Arniches.
- 44 LA VIEJECITA.—Miguel Echegaray.
- 45 PARADA Y FONDA.—Vital Aza.
- 46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.—Paso y García Alvarez.
- 47 **PETIT-CAFE**.—Tristan Bernard.
- 48 LOS NOVELEROS.—Edmond Rostand.
- 49 **ELECTRA**.—Benito Pérez Galdos.
- 50 TIQUIS MIQUIS.—Vital Aza.
- 51 **EL ÚLTIMO BRAVO**.—G. Alvarez y Muñoz Seca.
- 52 LA MARCHA DE CADIZ.—García Alvarez y Lucio.
- 53 **DOÑA PERFECTA**.—Benito Pérez Galdos.
- 54 LA TIZONA.—Godoy y Alarcón.
- 55 MIQUETTE Y SU MAMA.—Robert y Callivet.
- 56 **LOS CUATRO ROBINSONES**.—Muñoz Seca y García Alvarez.
- 57 LOS GEMELOS.—Tristan Bernard.
- 58 **LA LOCA DE LA CASA**.—Benito Pérez Galdos.
- 59 GIGANTES Y CABEZUDOS.—Miguel Echegaray.
- 60 **DANIEL**.—Joaquín Dicenta.
- 61 EL CHICO DEL CAFETIN.—Torres del Alamo y Asenjo.
- 62 **REALIDAD**.—Benito Pérez Galdos.
- 63 LA SALA DE ARMAS.—Vital Aza.
- 64 **PASTOR Y BORREGO**.—García Alvarez y Muñoz Seca.
- 65 LA LEONA DE CASTILLA.—Francisco Villaespesa.
- 66 **DOÑA CLARINES**.—Alvarez Quintero.
- 67 LA NOCHE DE REYES.—Carlos Arniches.
- 68 LOS CADETES DE LA REINA.—Juliano Moyrón.
- 69 **AMOR DE ARTISTAS**.—Joaquín Dicenta.
- 70 EL TERRIBLE PEREZ.—Arniches y García Alvarez.
- 71 **EL PATIO**.—Alvarez Quintero.
- 72 LA TEMPRANICA.—Julian Romea.
- 73 **TRAMPA Y CARTON**.—Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 74 LA CORTE DE FARAON.—Perrin y Palacios.
- 75 **LA ESCONDIDA SENDA**.—Alvarez Quintero.
- 76 EL DUO DE LA AFRICANA.—Echegaray.
- 77 **AURORA**.—Joaquín Dicenta.
- 78 EL FRESCO DE GOYA.—Arniches y García Alvarez.
- 79 **EL NIÑO JUDIO**.—G. Alvarez y Paso.
- 80 LA MANTA ZAMORANA.—Perrin y Palacios.
- 81 PEDRO JIMENEZ.—Perrin y Palacios.
- 82 **LA DE SAN QUINTIN**.—Pérez Galdos.
- 83 EL METODO GORRITZ.—Arniches y García Alvarez.
- 84 **EL NOVENO MANDAMIENTO**.—Ramos Carrión.
- 85 LA Balsa de Aceite.—Sinesio Delgado.
- 86 **LA TEMPESTAD**.—Ramos Carrión.
- 87 EL CUARTETO PONS.—Arniches y García Alvarez.
- 88 **EL NIÑO PRODIGIO**.—Quintero.
- 89 LA GENERALA.—Perrin y Palacios.
- 90 **LA MARSELLERA**.—Ramos Carrión.

PAPEL DE LA PAPELERIA ESPAÑOLA

T. 95268

C. 71716856

R. 161873



LA MARSELLLESA

ZARZUELA HISTÓRICA EN TRES ACTOS Y EN VERSO ORIGINAL DE

Miguel Ramos Carrión

PERSONAJES

FLORA.—MAGDALENA DIETRICH.—LA MARQUESA.—ROUGET DE L'ISLE.—RENARD.—SAN MARTIN.—EL BARON DE DIETRICH.—EL CIUDADANO LAYARD.—EL COMISARIO.

Aldeanos, voluntarios, viejos, niños, tambores, cornetas, descamisados, jacobinos, gendarmes, mujeres del pueblo de París, seccionarios, guardias nacionales, carceleros, presos, furias de la guillotina, etc., etc. Coro general y banda militar.

La acción del acto primero en Strasburgo, año de 1792. La de los dos siguientes en París, 1793.

ACTO PRIMERO

CUADRO PRIMERO

LA PATRIA EN PELIGRO

Salón bajo en la Alcaldía de Strasburgo.—Puerta al foro y otra a la izquierda.—A la derecha la mesa y el sillón del alcalde.—A la izquierda la bandera francesa y el escudo de armas de la ciudad.

Al levantarse el telón empiezan a inundar la escena grupos de hombres y mujeres. Se oye cercano el redoble de un tambor y el toque de la campana grande de la catedral. El Barón de Dietrich sentado; a su izquierda el escribiente; Rouget de pie.

MÚSICA

CORO. Llegando va la gente
de toda la ciudad;
del uno al otro extremo
la alarma cunde ya.
Inquieta y agitada
está la población,
oyendo el incesante
redoble del tambor.
¡Venid! ¡Llegad!
¡Tal vez peligrá
la libertad!

OTROS. Al son de la campana,
que toca sin cesar,
de toda la campiña
la gente acude ya.
¡Venid! ¡Llegad!
¡Tal vez peligrá
la libertad!

BAR. Oid con atención.
CORO. Silencio y escuchad.
¡Callad! ¡Callad!

ROU. Valientes alsacianos,
la patria está en peligro.
Al arma, ciudadanos,
al arma sin tardar:
el enemigo espera
del Rhin en la otra orilla
y osado la frontera
pretende atravesar.

La patria en este día
a defenderla os llama,
y en vuestras manos fia
su libertad así.
Pasemos la frontera
buscando al enemigo:
el que seguirme quiera
su nombre ponga aquí.

(Mostrando el pliego del alistamiento.)

CORO. ¡Todos, sí, todos!

(Se precipitan hacia la mesa unos tras otros
figurando alistarse.)

Iremos, sí
La patria nunca en vano
alzó su voz
llamando al alsaciano
Iremos, sí,
volando a la frontera
a defender
la patria y la bandera
Ya nuestro hogar
acecha el enemigo;
no hay que dudar,
en marcha sin tardar.

Dichos; Flora que se abre paso entre el
coro

FLO. (Presentándose.)

Yo con vosotros
quiero partir.

Rou.
CORO
FLO.

(¡Ah Flora!)

¡Viva!

Ya estoy aquí.

Yo con vosotros la frontera
a la vanguardia pisaré;
yo quiero ser la cantinera,
y ánimo y fuerzas os daré.
Es el soldado más valiente
y gana en brío y decisión
con una copa de aguardiente,
con la ginebra o con el ron.

El fruto que el viñedo
del enemigo da
en zumo trasparente
mi copa os brindará.

Y si es cuando se paga
tan apreciado el Rhin,
será mejor sin duda
cogido en el botín.

Ya en el campo de batalla
creo estar,
escuchando la metralla
retronar.

Marcha delante
mi batallón.

¡Hala, soldados,
trueno el cañón!

CORO. Ejemplo con su brío
a todos ella da;
valor infunde al alma
su espíritu marcial.

FLO. Yo en el calor de la pelea
a vuestro lado me hallaré,
y al que sin fuerza yo le vea
con mi bebida animaré.
Quiero gozar de vuestra suerte
y vuestra gloria contemplar,
y si una bala me da muerte
nadie me tiene que llorar.

Alegre la existencia
por nuestra patria doy;
allí donde hay peligro
allí contenta estoy.

Yo soy la cantinera
que a vuestro lado irá;
aquél que a mí me siga
atrás no quedará.

CORO. Ejemplo con su brío
a todos ella da;
valor infunde al alma
su espíritu marcial.

TODOS. Marchemos, sí;
la patria nunca en vano
alzó su voz

llamando al alsaciano, etc.

HABLADO

BAR. Ciudadanos de Strasburgo,

sostén de la libertad
váis a ser en la frontera:
los alistados vendrán
antes que se ponga el sol
dispuestos para marchar.
Ir con vosotros me impiden
los achaques de la edad,
mas quedo aquí; vuestros hijos
un padre en mí encontrarán.

Rou. Viva nuestro alcalde!

Todos ¡Viva!

Rou. ¡Vuestra marcha preparad!

MÚSICA

CORO Iremos, sí, etc. (Vase el Coro.)

Flora, Dietrich, Rouget y el Escribiente.

HABLADO

FLO. (Al escribiente.)
Flora Lisberg, escribid
mi nombre; no sé firmar.

Rou. (A Flora.)
Pero esto es una locura.

FLO. Iré donde vos vayáis,
Es inútil pretender
que me quede.

Rou. Bien está.
(Habla aparte con Dietrich.)

FLO. (¡Morir a su lado! ¿Pude
soñar tal dicha jamás?)

BAR. ¿Sois huérfana?

FLO. No señor.

BAR. Pues tenéis necesidad
de que vuestros padres den
su licencia...

FLO. La darán
si es preciso, pero encuentro
simple tal formalidad:
si no me lo permitieran
me escaparía y en paz.—
Volveré con el permiso.

BAR. ¡Id con Dios!

FLO. Con él quedad!

(Aparte a Rouget.)

(Hasta el fin del mundo iré
si hasta el fin del mundo váis.)
(Vase.)

Rouget y el Barón de Dietrich.

Rou. (¡Empeño igual!)

BAR. ¡Brava moza!

(Viéndola marchar.)

¿Sin duda la conocéis?

Rou. Es hija de mi hostelero,

BAR. ¡Decidida es la mujer!

Rou. Estáis contento, señor,
de la gente?

BAR. ¡Sí, pardiez!

Rou. Ya lo veis, aún queda en ella
entusiasmo, aún queda fe.

Siempre a la voz de la patria sabe el pueblo responder.
BAR. Rouget, no me inquieta el pueblo
ROU. ¿Quién, pues; os inquieta?
BAR. ¿Quién?

Los que le gustan, los hombres que buscan apoyo en él para elevarse, y ya arriba lo rechazan con el pie.

Los que tuercen sus instintos, que siempre son hacia el bien; los que le hacen creer cosas que nunca debe creer.

En el club de esta ciudad predicán, ya lo sabéis, máximas aterradoras; y por lo que llego a ver en las masas hallan eco esas doctrinas, Rouget.

ROU. ¿Y lo extrañáis? ¡Ah, señor! Sólo hace tres años, tres, que el pueblo respira libre del tiránico poder.

¿Cuántos siglos de agonía el despotismo por ley sufrió callado, vertiendo lágrimas de sangre y hiel! La revolución le ha dicho:

—¡Eres libre!—¿Qué ha de ha-
[cer?

del nuevo goce disfruta a veces mal, (Con amargura.)
otras bien! (Con orgullo.)

Es arroyo contenido, manso antes, fiero después: rompé el dique y se desborda...

Al arroyo no culpeis, culpád solamente al necio, que lo quiso contener.

BAR. Veo a dónde el pueblo va y empiezo a temblar por él: le hacen soñar con quimeras y por verdades las ve.

ROU. Ensueño del desgraciado a quien sonríe una vez la fortuna, mas despierta y vuelve a verlo cual es.

BAR. Rouget, la patria peligra. Todo la es contrario, ved; Europa entera contempla con odio al pueblo francés. Austria y Prusia coligadas pretenden salvar al rey y amenazan la frontera: germina ya en la Vendée la guerra civil que tiene en la nobleza un sostén;

la lucha de los partidos más sangrienta es cada vez: sobran ideas y faltan hombres que vida las den; en el ejército empieza a cundir con rapidez la indisciplina que mata la fuerza de su poder, y alentando la anarquía que ya amenaza cruel, ni hay en los clubs patriotismo ni en los gobernantes fe.

ROU. Hoy, señor, la Francia toda no piensa más que en vencer al extranjero que audaz quiere hollarla con su pie. Se unen todos, y los lazos que se forman para el bien difícilmente se rompen.

BAR. Quiéralo el cielo, Rouget. Y decidme, habeis cumplido vuestra promesa de ayer?

ROU. ¿La del himno?

BAR. Sí.

ROU. Señor, a la verdad no lo sé. Notas y versos anoche acudieron en tropel a mi mente enardecida por patriótica embriaguez. Con fiebre los escribí hasta que al amanecer rendido por la fatiga sobre el clave me quedé. Despertóme la llamada y no he mirado el papel en que apenas concebidas mis ideas estampé.

Si es que acaso deseáis oírlas, iré por él.

BAR. ¿Pues como nó? Siendo vuestras de seguro han de valer. Poeta y músico sois, y en vuestros cantos se ven siempre justas reflejarse la hidalgía y la altivez. Si habeis logrado expresar eso que sentís tan bien digno de su noble objeto será el canto.

ROU. Lo traeré, y vos, señor, como todas mis obras lo juzgaréis.

BAR. Hasta después, hijo mio.

ROU. ¡Ah! ¡Cuando serlo podré!

BAR. Si es conforme a mi deseo muy pronto tendrá que ser.

(Vase por la izquierda.)

Rouget, solo.

Siempre la fortuna ingrata
sus favores me negó
y hoy sobre mí los desata;
a nadie la dicha mata
cuando no me muero yo.

Dicho. Magdalena.

MÚSICA

MAG. ¡Rouget!

ROU. ¡Mi bien amado!

¡Qué veo! ¡Tú has llorado!
La huella de tus lágrimas
no quieras ocultar.

¿Que tienes, mi tesoro?

¿Por qué es tu amargo lloro?

Algún temor quimérico
tal vez lo hizo brotar.

MAG. Al preguntar por qué es mi llan-

[to

cuando a alejarte vas de aquí
es que al marchar no sufres tan-

[to,

es que vivir podrás sin mí.

Hoy que se acerca tu partida

siento en el alma tanto mal

que se conmueve dolorida

y suelta el llanto su raudal.

ROU. Sabiendo ya que te amo tanto,

y que es mi afán vivir por ti

debes calmar tu acerbo llanto

hoy que a alejarme voy de aquí.

Queda, mi bien, mi amor, mi vida

entre los muros de tu hogar;

más el dolor de mi partida

calme la idea de fornar.

Lleve un recuerdo tuyo,

prenda de amor;

en prueba de tu afecto

dame esa flor.

MAG. Esta sencilla flor delicada

sola en mi huerto nació ignorada;

yo entre las hojas la descubrí.

y al primer rayo de la alborada

del verde tallo por mi arrancada

fué para tí.

Sea esta flor

prenda de amor,

y de tu pecho fiel

marchitese al calor. (Se la da)

ROU. Para que un día de tí apartado

este recuerdo nunca olvidado

más en la ausencia valga des-

[pués,

solo te pido, mi bien amado,

que en su aromoso botón cerra-

[do

un beso des. (Magdalena besa
[la flor.]

Huya el temor,
calma tu afán,
esta sencilla flor
será mi talismán.

Ella valor

me inspirará:

la prenda de mi amor

mi pecho escudará.

MAGD.

Ella valor

le inspirará;

la prenda de mi amor

su pecho escudará.

HABLADO

ROU. Calma, pues, tus penas todas

y piensa con alegría

que pronto lucirá el día

dichosa de nuestras bodas.

Haz como yo, que procuro

disipar alegremente

lo nublado del presente

con el brillo del futuro.

Desde que tu padre ayer

tu mano me concedió

no pienso en que marchó, no,

sino en que voy a volver,

Así mi pecho se llena

en dulce esperanza, y siento

en el alma tal contento

que no cabe en mí la pena.

Véate yo sonreír;

enjuga el acerbo llanto;

no hay razón a tal quebranto.

MAGD. Sí, te la voy a decir.

Me daba cierto rubor,

pero ya estoy decidida.

ROU. Dí.

MAGD. No es solo tu partida

la causa de mi dolor.

ROU. ¿Cuál es? ¡Conocerla ansio!

MAGD. Tiempo hace que sufro muda

el tormento de esta duda:

¿Rouget, tu amor solo es mío?

ROU. ¿Cómo?

MAGD. Que contestes quiero.

ROU. ¡Tú celos, mi dulce bien!

MAGD. Horribles.

ROU. ¿Pero de quién

MAGD. ¡De... la hija... de tu hostelero!

ROU. ¡(Ah!) Desecha ese temor

que inspirarte ha conseguido

alguien que no ha distinguido

la gratitud, del amor.

Cuando a Strasburgo llegué

sabes que enfermo caí;

aun sin amigos aquí

triste y sólo me encontré.
Constante a mi cabecera
velándome noche y día
fué mi única compañía
esa infeliz hostelera.
Ya casi muerto me ví,
y a su afán caritativo
debo el encontrarme vivo
y el ser feliz junto a tí.
Ve si es justo lo que siento
por esa pobre mujer,
y si la puedo tener
menos que agradecimiento.

MAGD. ¡Por fin mi pecho respira!

ROU. Que me haces justicia veo
creyéndome.

MAGD. ¡Ya lo creo!
¡No es tan franca la mentira!
Mas oyendo ciertas voces
repetirlo, me hizo mella...
y luego... como al fin ella...
es hermosa...

ROU. ¡La conoces!

MAGD. Pues hay quien no en la ciudad?
Si en la última procesión
iba en representación
ella de la Libertad!

¡Por cierto estaba preciosa!
(Transición.) Así somos las muje-
[res:

sabiendo que no la quieres
me parecé más hermosa.

ROU. Mi amor, vive sin temor,
lo concedo por igual
a tí y a otra amada.

MAGD. (Con viveza.) ¿A cuál?

ROU. ¡A mi patria!

MAGD. ¡Buen amor!

ROU. A ambas todos mis desvelos
dedico y toda mi fe.

MAGD. Quiérela mucho, Rouget,
de esa no he de tener celos!
(Suena lejos una corneta.)

ROU. Te dejo; el deber me llama.

MAGD. Vuelve pronto.

ROU. ¡Hasta después!

MAGD. ¡Adiós! (Viéndole marchar.) ¡Qué
[gallardo es!]

ROU. (Deteniéndose a mirarla.)
(Qué hermosa y cuánto me ama!)

(Vase.)

Magdalena, después Renard

MAGD. No hay otro como él. — Señor,
perdóname que te pida
que antes acabe mi vida
si ha de fallarme su amor. [lit.]
¡Ah! ¡Renard! (Disgustándose y to-

REN. No huyais así,
parece que me teméis!

MAGD. ¡Yo! (Deteniéndose.)

REN. Por qué cuando me veis
el paso dejais de mí?

¿Qué puede daros temor?

No así huyais del lado mío.

¿No comprendéis que el desvío
aumenta siempre el amor?

MAGD. ¡Basta, no puedo escucharos!

REN. ¡Vuestra presencia es mi vida!

MAGD. Sabéis que estoy prometida
a otro hombre y que no he de
[amaros.

De mi amor único dueño
es él, dejadme ya en paz.

Es inútil que tenaz
prosigais en vuestro empeño.

REN. ¡Todas iguales! — Rigor
para el que las quiere bien;
al que las ama, desdén,
y al que las engaña, amor.

MAGD. En balde habéis procurado
envenenar con la duda
mi dicha, Rouget la escuda
con la fe que me ha jurado.

REN. ¡Podeis vivir satisfecha
de su constancia sin par!

MAGD. No puedo en mi pecho dar
entrada ya a la sospecha.

REN. (Con fuego.) Hasta hoy viéndose
[engañada

os advertí su falsía,
otra cosa no podía
hacer, ni probaros nada.
Hoy tengo prueba palpable
de su amor a esa mujer.

MAGD. Bien; no la quiero saber. (Pausa.)

REN. (Ya está deseando que hable.)
(Muy pausado.) ¿Sabéis que en
[ha aliado

de cantinera?

MAGD. (Con viveza.) ¡Y se val

REN. Con él.

MAGD. ¡Oh!

REN. Así lograré

tenerla siempre a su lado.

MAGD. (Está encendiendo un infierno
en mi alma!)

REN. ¿No lo creéis?

Esta tarde los veréis
marchar juntos.

MAGD. ¡Dios eterno!

REN. Ved que la prueba es segura.

MAGD. ¡Y vos amarme decís
cuando tan solo venís
a envenenar mi ventura!

Nada conseguís, cruel,
con tal proceder infame:
tan imposible es que os ame
como que no le ame a él.
¿Qué más?—Podría acabar
el amor que le profeso;
pero amaros a vos... Eso
no lo debeis ni aun soñar.

REN. Nadie como yo os ha amado,
y tenedlo bien presente,
cambia en odio facilmente
el amor que es despreciado,
y al arrancar mi esperanza
con tan altiva fiereza,
siento que a nacer empieza
en mi la sed de venganza.

MAGD. Lo que con frases de amor
no habeis podido lograr
¡lo pretendeis alcanzar
infundiéndome terror!

REN. Yo nunca amenazo en vano,
por vuestro bien os lo advierto.

MAGD. Digno de vos es por cierto
ese proceder villano.
Sólo a una debil mujer
os atreviérais así!

REN. ¡Ay, desgraciada de tí!
Mía o de nadie has de ser.
¿Oyes? (Cogiéndola por un brazo.)

MAGD. ¡Que llamo! ¡Soltad!

REN. (Soltándola.)
No; ya os dejo..., ya me voy.

MAGD. ¡Salid!

REN. Mis palabras de hoy
en la memoria guardad.

MAGD. (¡Dios mío, yo desfallezco!)
¡Salid!

REN. Ya no os hablaré
nunca de mi amor. (No sé
si la amo o si la aborrezco.)
(Vase.)

Magdalena sola.

MÚSICA

Sal ya del alma mía,
horrible duda fiera,
que lacerando impía
mi corazón estás:
si es cierta la falsa
del hombre a quien adoro,
si tanto amor fingía
dudar no quiero más.
Sepa yo del pérfido
la cruel traición;
séquense mis lágrimas,
muera ya mi amor.
El fué por vez primera
quien despertó mi alma,

él encendió la hoguera
que hoy siento arder aquí:
¿por qué su voz artera
llegando a mis oídos
tan dulce y placentera
sonaba para mí?
Si es verdad que pérfido
tanto amor fingió,
ser podré su víctima;
¡olvidarle no!

Magdalena y Flora

HABLADO

FLOR. (¡Ella! ¡Qué casualidad!)

MAG. (¡Ah!) (Vendo a marchar al verla.)

FLOR. Deteneos, señora,
tengo que hablaros.

MAGD. Ahora...

FLOR. Corre mucha prisa.

MAGD. Hablad.

FLOR. En pocas palabras voy
a deciros mis deseos:
no me gustan los rodeos,
vereis lo franca que soy.
Hija del pueblo he nacido
y expresarme no sabré
como vos, pero diré
muy claro a lo que he venido:
Yo amo a Rouget.

MAGD. ¡Santo Dios!

Y así me lo confesáis?

FLOR. ¿Por qué no?

MAGD. Acaso ignoráis
que nos amamos los dos?

FLOR. Ojalá, pero lo sé,
por eso he querido hablaros.

MAGD. No entiendo...

FLOR. Voy a explicaros
muy claramente por qué.—
Jamás por nadie senti
lo que ese hombre me inspiró:
le ví, le amé. ¿Porqué no
he de confesarlo así?
A su voz el alma mía
regocijada se altera;
si él la vida me pidiera
contenta se la daría.

MAGD. Eso no me importa nada;
podeis amarle en buen hora.
¿Qué quereis de mí?

FLOR. (Con fuego.) Señora,
no merecís ser amada.
Os hablo del loco amor
que ese hombre logró inspirarme
y me oís, y al escucharme
no estalla vuestro furor!
Sabéis lo que mi alma siente
por él; decís que le amáis.

y le amo yo ¡y no me odiais?
MAGD No; me sois indiferente.
FLOR. ¡Vaya un modo de querer!
La indiferencia no entiendo;
yo, señora, no comprendo
más que amar o aborrecer.
MAGD Basta: si vuestra intención
hoy mortificarme ha sido
yo os perdono ese atrevido
arranque de la pasión.
Y juro que mi reposo
ni aun levemente alterais
confesándome que amais
a aquél que ha de ser mi esposo.
Pruebas tengo de que es fiel.
¿Le amais? ¿Qué puede impor-

[tarme?
Pudiera... acaso, inquietarme
saber que os amaba él.
FLOR. ¿Y sabéis que él no me quiera?
MAGD ¿Os ama? (Muy vivo.)
FLOR. ¡Viven los cielos!
¿Qué os importa? ¿Tenéis celos?
MAGD ¿Celos yo de una cualquiera?
FLOR. ¿Cómo?

MAGD Vuestro proceder
me obliga a hablaros así.
FLOR. ¡Ah! Ya sé por qué de mi
celos no podéis tener.
Vuestra superioridad
de clase lo impediría.
Vos sois noble—. Yo lo había
olvidado, dispensad.
Muy pronto esa distinción
no será tan conveniente
y la tendré muy presente
cuando llegue la ocasión.
En tanto, y pese al altivo
desdén con que lo escucháis,
no olvideis que amo al que amais
y que sólo por él vivo,
y quierame o no me quiera...

MAGD. Tal confesión os rebaja.
FLOR. Pues ahí tenéis la ventaja
de ser una... una cualquiera.
Yo puedo expresarme así
y vos tenéis que callar,
yo puedo con él marchar
mientras vos quedais aquí.

MAGD. ¿Eh?

FLOR. Sí; voy de cantinera
de su batallón, señora.
(Con intención.)
Ved si me conviene ahora
el ser, así, una cualquiera.
Siempre con el ser amado
las fatigas sufriré

de la campaña y seré
feliz estando a su lado.
Presenciaré su victoria
primera... ¡con qué alegría!
Su gloria será la mía,
compartiremos la gloria;
y si una bala le hiere
le cuidaré con amor...
y moriré de dolor
a su lado si él se muere.

MAGD. (¡Ah, no me engañó Renard!)

FLO. (Al cabo la hice sentir.)

Luego nos veréis partir.

MAGD. Basta; no os puedo escuchar.

FLO. ¿Os molesto?

MAGD. (Mi dolor
ocultarle necesito.)

(Casi riendo.)

Si él no os ama, os lo repito,
¿qué me importa vuestro amor?

Y ya bien claro lo ví,
vuestro afán lo ha descubierto:

si él os amara de cierto
no hubiérais venido aquí.

Queriendo mortificarme
mis dudas desvanecéis:

os doy gracias, porque habeis
venido a tranquilizarme.

Procurad, pues, que el despecho
otra vez así no os venda...

e id con Dios. (¡Que no compren-

[da

todo el daño que me ha hecho!)

(Vase.)

Flora, sola

¡Infame! ¡Tiene razón!

He estado muy torpe, sí;

es claro, la descubrí

sin querer el corazón,

y ahora, gozándose va

en mi duelo y mi amargura:

goza, goza tu ventura,

que poco te durará.

(Vase por el foro.)

La Marquesa y S. Martín; detrás un postil-
lón

MÚSICA

MARQ. Pasad aviso.

No hay nadie aquí.

Anunciad a la marquesa

de Valmy.

(Entra el postillón por la izquierda.)

¡Por fin llegamos!

S. MAR. ¡Gracias a Dios!

MARQ. ¡Ay, qué camino!

S. MAR. ¡Qué agitación!

MARQ. ¡Hay no es posible

S. MAR. ni aún viajar!
 ¡Hoy ni aun se puede ser sacristán!

MARQ. ¡Ay qué maldita revolución.

S. MAR. ¡Pueden oiros, bajad la voz!

MARQ. Nada me importa.

S. MAR. Pues a mí sí, que vengo muerto desde París. Mas felizmente, no hay que dudar, tras de estos tiempos otros vendrán.

Otra vez en el convento ya tranquilo me veré, escuchando el dulce acento de la hermana Salomé.

El refugium peccatorum
 las monjitas me darán,
consolatrix afflictorum
 de este pobre sacristán!

Y ayudando místico a los santos fines pensaré en las vísperas y en los maitines, y al fervor monástico entregado así,
ya per omni saecula,
 cantaré yo allí:
¡Virgo clemens numquam sor-

[dam,

olejámicis la gordam!
 Sácanos de estos ahogos conservando nuestra fe,
 v de impíos demagogos
heranos dominé.

prometo más de un año ejercer la caridad y hacer vida de ermitaño y azotarme sin piedad. Pero al menos véame en la sacristía y oiga el dulce cántico de la letanía.

Y en lugar pacífico viéndome yo así,
ya per omnia saecula
 cantaré yo allí:
¡Vadé retro populorum!
¡liberanos palizorum!

Dichos, Magdalena y el Barón de Dietrich

HABLADO

MAGD. ¡Tía!

BAR. ¡Señora!

MARQ. ¡Hija mía! (Abrazándola.)

¡Barón! (Tendiéndole la mano para que la bese.)

BAR. ¡Vos por esta casa!

MARQ. Bien podeis asegurar que sólo de mala gana puedo venir a Strasburgo desde París.

BAR. ¿Pues qué pasa?

MARQ. ¿Y lo preguntáis, Barón?

BAR. ¿Qué hay de nuevo? No sé nada.

MARQ. ¡En verdad que ya no es nuevo! Desde que empezó la infausta revolución derribando hasta las cosas más altas, nadie ocupa su lugar, tiene la aristocracia que huir de la corte o ser víctima de la canalla. Pero a fe que las Potencias unidas hoy contra Francia, pondrán pronto cada cosa en su lugar.

S. MAR. (Que está detrás en pie.)

¡Dios lo haga!

BAR. (Volviéndose.)

¿Eh? ¿Quién es el que se atreve a decir esas palabras?

S. MAR. Señor...

BAR. ¿Quién sois?

S. MAR. (Por la Marquesa.) La señora sabe...

BAR. (A la Marquesa.)

¿Viene con vos? Basta.

MARQ. Es un buen hombre...

S. MAR. Me honrais, señora Marquesa.

MARQ. Estaba de sacristán en las monjas teresas, y al exclaustrarlas se quedó el pobre en la calle; y yo, que necesitaba un mayordomo, le di este oficio y me acompaña. ¿Pero por qué os alterasteis al escuchar sus palabras?

BAR. Porque respeto, señora, las creencias de una dama como vos, sólo por serlo, mas no puedo tolerarlas en un hombre cuando son en desdoro de la patria.

S. MAR. (Este viejo es demagogo.)

BAR. (Volviéndose a San Martín.) Mas diga cuanto le plazca. Fué sacristán, y ya he dicho que yo respeto las faldas.

S. MAR. (Sospecho que me ha insultado.)

MARQ. ¡Ay Barón! No recordaba que siempre vuestras ideas fueron revolucionarias.

BAR. Siempre.

MARQ. ¿Y no os arrepentís viéndolas puestas en práctica?

BAR. Por qué, señora?

MARQ. ¿Por qué? La pregunta me hace gracia. Reina el desorden en todo, se encumbra la gente baja, predicase el exterminio de los nobles en voz alta, la usurpación o el incendio la propiedad amenazan, y nadie puede vivir seguro, ni aun el monarca.

S. MAR. (Ni aun un pobre sacristán que no se ha metido en nada.)

BAR. Señora, soy el primero en deplorar lo que pasa, y creo que sólo el orden puede salvar a la patria. Creo que deben calmarse las pasiones exaltadas de los diversos partidos que hoy entre sí se desgarran; creo que la libertad con el orden se afianza, que sin él vivir no puede; mas no quiero que lo traiga el extranjero imponiéndolo con la fuerza de las armas: ese orden me da vergüenza, que es a costa de la infamia.

MARQ. Si no es solamente el orden lo que hoy vienen Prusia y Austria a restablecer.

BAR. Por eso el pueblo indignado se alza.

MARQ. Viénes para levantar lo que ha hundido la canalla.

BAR. El pueblo.

MARQ. Bien, es lo mismo.

BAR. No señora, hay gran distancia.

MARQ. Para mí es igual.

BAR. Por eso no comprendéis mis palabras.

MARQ. Barón, no he de convencerme oyéndoos.

BAR. Entonces basta. Cerrando los ojos nadie puede ver la luz más clara.

MARQ. (A Magdalena.)

¿Qué es eso, hija mía? Os veo así como contristada.

Vos pensaréis como

lamentaréis lo que pasa.

MAGD. Yo pienso como mi padre: no he de creer que me engaña.

S. MAR. (También ella es demagoga!)

MARQ. Veo que las nuevas máximas tienen a la juventud completamente cambiada. ¿Y qué solemnizan hoy? que he visto en calles y plazas levantar arcos de triunfo?

BAR. Es porque esta tarde marchan los voluntarios.

MARQ. ¿A dónde?

BAR. A la guerra. Se adelantan para guardar la frontera y tal vez atravesarla.

MARQ. ¡Ay, San Martín!

S. MAR. ¿Qué hay, señora?

MARQ. Que nos tengan preparada la silla para marchar al momento, no nos vayan a detener.

BAR. ¿Pero adónde os vais, señora?

MARQ. A Alemania.

BAR. Es imposible.

MARQ. Traemos pasaportes.

BAR. No os bastan. Hoy ya para atravesar la frontera, es necesaria una orden de la Asamblea: ha llegado esta mañana el mandato.

MARQ. ¡Santo Dios!

S. MAR. (¡Santo fuerte!)

MARQ. Yo pensaba detenerme aquí dos días.

MAGD. ¡Pues os quedáis mientras alzan la prohibición!

MARQ. Imposible, no quiero estar más en Francia, yo no puedo con paciencia presenciar lo que aquí pasa.

Esta tarde nos marchamos!

BAR. Y os cogen por emigrada y feneis pena de muerte.

MARQ. ¡Jesús!

S. MAR. (¡La Virgen nos valga!)

MARQ. Y quedándonos aquí si la situación se agrava, ¿qué vamos a hacer?

BAR. Estáis segura estando en mi casa.

S. MAR. (Mucho. En la boca del lobo!)

MAGD. No hay remedio.

MARQ. (Ap. a San Martín) (Yo alojada

por un revolucionario,
San Martín.)

S. MAR. (Aquí nos asan.)
Dichos, Rouget

ROU. Señores...

MARQ. ¡Ah, Rouget!

ROU. (Al Barón.) Vengo
a cumplirnos mi palabra.

BAR. ¿Traéis el himno?

ROU. Aquí está.

BAR. Os presentaré a esta dama.—
La Marquesa de Valmy,
mi parienta muy cercana.
Rouget de L'isle, mi yerno.
futuro.

S. MAR. (Yo estoy en ascuas.)

BAR. Capitán de artillería
que hoy los voluntarios manda
y a la vez poeta y músico
notabilísimo.

ROU. Gracias.

BAR. Ha escrito un himno patriótico
y quiere antes de su marcha
hacérselo conocer.
Pasemos, pues, a la sala.

S. MAR. (A la Marquesa,)
(Nos va a hacer oír alguna
canción revolucionaria.)

MARQ. ¿Y os llamais?

ROU. Rouget de L'isle.

MARQ. No conozco vuestro, nada.

ROU. Pobre poeta ignorado,
músico desconocido,
mi nombre está en el olvido
con justicia sepultado.
y nunca lo habréis oído.
La artística afición mía
há tiempo que conocía

mi buen amigo el barón,
y así anoche me decía
alentando esta afición:
—¿Por qué un himno no escribís
fiel expresión de ese ardiente
entusiasmo que sentís
para inspirarlo igualmente
a nuestro pobre país?
Un himno que el pueblo aprenda
facilmente, que se extienda
pronto de una a otra ciudad;
¡himno sagrado que encienda
amor a la libertad!
Debeis escribirlo—. Sí,
dije, y a casa partí.
Lleno de fuego llegué
sintiendo agitarse en mí
el patriotismo y la fe.
El odio a la tiranía
guiaba la pluma mía;
las ideas se agolpaban,
y en tropel, juntos brotaban
la música y la poesía.
Ya acalorada mi mente,
con trémula mano ardiente,
estas líneas escribí:
Si es bueno lo que se siente
algo bueno traigo aquí.
Venid mi canto a escuchar.
No quiero más galardón
si en la masa popular
un eco logran hallar
las notas de mi canción.

(Entran por la izquierda Rouget dando la ma-
no a la Marquesa; detrás el barón y Magda-
lena; y tras ellos S. Martín que al entrar se
santigua.)

MUTACIÓN

CUADRO SEGUNDO

LA MARSELLESA

Plaza de la catedral. A la izquierda, primer término, la Alcaldía, cuya gran puerta y reja vo-
lada dan a la calle. A la derecha, la entrada de otra, con un gran arco triunfal de verdura,
coronado por gallardetes. Dos arcos más en otras dos calles. Al foro la catedral. Al efec-
tuarse la mutación la plaza está sin otra gente que los cornetas que tocan llamada debajo
de los arcos

Mujeres del pueblo; después voluntarios con armas, chiquillos, viejos, coro general

MÚSICA

CORO GENERAL
La hora se acerca
de la partida,
la gente acude
ya prevenida.
Tal entusiasmo
nunca se vió;
el pueblo unánime
su grito dió.

Calles y plazas
llena la gente,
y el más cobarde
mudó en valiente;
que en sus oídos
llegó a sonar
el grito mágico
de libertad.

(Quedan en el centro los voluntarios. A la

Izquierda las mujeres y a la derecha los viejos.)

VIEJ. Si falta a nuestros brazos la fuerza y el vigor, al grito de la patria aún late el corazón. Marchar podéis tranquilos por los que aquí dejais: nosotros moriremos cuidando vuestro hogar.

MUJ. No penseis que llorando os aguar-

[dan
la esposa y el hijo; prefieren no veros a veros vencidos. Nuestros ojos no anubla hoy el llanto,

no pueden llorar, porque sólo sentimos la envidia de veros marchar.

(Un grupo de veinte muchachos armados, con su tambor al frente, aparecen por la derecha formados.)

CHIC. Somos los hombres del porvenir, y en nuestra débil fuerza infantil van los cimientos en que ha de hallar firme baluarte la libertad.

Los hombres de mañana vamos aquí; los de hoy nos dan ejemplo para morir.

(Vanse los chicos.)

CORO GENERAL

A la voz de la patria despertó la nación, y responden el niño y el anciano a su voz. Tal entusiasmo nunca se vió; el pueblo unánime su grito dió.

Dichos, Flora, de cantinera, por la derecha, Renard por la izquierda.

FLO. Siglos son los instantes que ya acabando van hasta sonar la hora dichosa de marchar. ¡Con él! ¡Siempre a su lado! Tal dicha yo jamás por grande, por inmensa, ni aún me atreví a soñar.

REN. ¿Qué esperáis?

FLO. A nuestro jefe.

REN. (A todos.)

Pues a fe que el capitán no da ejemplo de impaciencia al hacernos esperar. Del amor el dulce lazo (A Flora.) deteniéndole allí está. (Señalando a la alcaldía.) y a dejarle no le mueve la impaciencia popular.

FLOR. ¡A llamarle!

Todos. ¡Sí; que salga!

(Se dirigen tumultuosamente hacia la puerta de la alcaldía. De pronto se oye la voz de Rouget que canta dentro acompañado por el clava la primera estrofa de la Marsellesa. Al oírlo, Flora detiene a la multitud, que se para y escucha.)

FLOR. ¡Silencio!—¡Escuchad!

Rou. Marchemos, hijos de la patria, glorioso día luce ya!

[te
Otra vez el sangriento estandar los tiranos se atreven a alzar. ¿Oís rugir por la campiña esa turba salvaje y andaz? Degollar vuestros hijos desea para ahogar en su sangre nues-
[tra idea!

¡El arma preparad!

¡No hay tiempo que perder!

Marchad, marchad a defender

la santa libertaa:

(El pueblo oye conmovido la primera estrofa. —Al cantar Rouget el estribillo, el coro le repite con Flora. Renard a un extremo del escenario los contempla sombrío.)

CORO. Al arma sin tardar! etc.

Dichos, Rouget, Barón, Magdalena, la Marquesa y San Martín.

Rouget saca la bandera que en el cuadro anterior estaba en la sala de la alcaldía, y con ella enarbolada canta la segunda estrofa del himno, cuyo estribillo repiten todos con el mayor entusiasmo

Rou. Mirad las hordas de traidores que el suelo patrio van a hollar. ¿Para quienes son esas cadenas que forjando iracundos están? Son para ti, pueblo querido; presto ve tal afrenta a vengar; el furor en tu pecho despierte, busca ya la victoria o la muerte!
¡El arma preparad! etc.

Todos. Al arma sin tardar, etc

(Se oye un cañonazo.)

R. U. (A Magdalena.)

(Adiós, mi bien amado.)

REN. (Tal vez es la postrera (Mirán-
dolos.)
en que os habláis los dos!)
MAGD. (Mirando a Flora.)
(El ver que marchan juntos
me parte el corazón!)
FLOR. (El alma me destroza
ver juntos a los dos!)
BAR. (A Rouget.)
(En marcha ya, hijo mío;
llevad mi bendición!)
SMAR. (¡Qué voz! Y qué bien canta
esa feroz canción!)

MARQ. (No hay duda que el tal himno
a todos conmovió.)
CORO. Tronando nos despiden
el bronco con su voz!
Todos. ¡Adios! ¡Adios! (Se abrazan.)
ROU. Y CORO.
Marchemos, sí, la patria nunca
[en vano, etc.
(Desfile de las fuerzas militares por delante
de la alcaldía. Rouget se incorpora a los
voluntarios y Flora se coloca a su lado.—El
pueblo los despiden agitando en el aire pañue-
los y sombreros.)

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

CUADRO PRIMERO

EL TERROR

La escena dividida. A la izquierda del actor una calle estrecha, cortada en último término por un pretil. Sobre éste, hasta perderse lo más lejos posible, una callejuela: La calle, que ocupa los primeros términos, está cortada por otra transversal, a la cual hace esquina la casa de la izquierda. De esta se ve el patio, junto a una puerta de la calle está la portería, que es un cuchitril abierto por la parte que da al público. Al foro escalera que conduce a los pisos superiores. A la derecha puerta. Al levantarse el telón empieza a anochecer.

Varias vecinas bajan por la escalera a tiempo que entran de la calle otras. Algunas hacen calceta

MÚSICA

UNAS ¡Felices, ciudadanas!
OTRAS ¡Fraternidad!
UNAS ¡Salud!
(En voz muy baja.)
¿En dónde está el portero?
OTRAS Sin duda se fué al club.
UNAS Ved sin embargo si está;
háy que tener precaución,
no nos denuncie después
el ciudadano Nerón.
VEC. (Después de mirar la portería.)
¡No está, no está!
OTRAS ¡Pues hablemos ya!
Ciudadanas, ¿qué sucede?
¿que se dice por ahí?
UNAS Cunde el miedo y no hay un alma
por las calles de París.
OTRAS Hoy sin duda por el centro
algo grave sucedió,
pues se nota por el barrio
que en aumento va el terror:
¿Qué ocurre, ciudadanas?
¿Qué pasa por ahí?
UNAS Se dicen muchas cosas
OTRAS Decid. Contad:
UNAS Oid.
(Con misterio.)

Dicen que todos los girondinos
hoy juzga al cabo la Convención;
su muerte piden los jacobinos
y nadie espera la absolución.
Danton anoche juró su ruina
y hoy a los jefes acusará;
tal vez mañana la guillotina
con todos ellos acabará.
TODAS ¡Qué horror! ¡Mañana la guillo-
tina

con todos ellos acabará!

Esto se dice,
esto se cuenta;
poco se sabe.
mucho se inventa.
Lo único cierto
es que hay terror
y la cosa va
cada vez peor.

Dicen que aumentan los vendeanos,
que ya dominan en su país,
y se asegura que los prusianos
a escape vienen sobre París.
Con las continuas ejecuciones
está aterrada la capital,
y a cientos mandan las delaciones
los jacobinos al tribunal.

Esto se dice,
esto se cuenta,
poco se sabe,
mucho se aumenta.
Lo único cierto
es que hay terror
y la cosa va
cada vez peor.

(Se oyen gritos cercanos, entre los que sobresale éste: «¡Mueran los aristócratas, mueran!»)

VEC. ¿Oís ese tumulto?
¿Qué pasará?

(Salen todas a la puerta de la calle.)

Dichas, Jacobinos, Descamisados y Mujeres,
que traen en triunfo a San Martín.

JACOBINOS Y DESCAMISADOS
¡Mueran los girondinos!
¡Viva Marat!

(Las Vecinas al verlos vuelven a entrar en el patio asustadas. El coro conduce a San Martín hasta la puerta de la casa.)

CORO. Aquí va la esperanza
de la Nación.

¡Abajo los exnobles!
¡Viva Nerón!

(San Martín entra en el patio seguido del coro.)

S. MAR. El pueblo se corona en mi ca-
[beza,
dijo Marat, ciñéndose el laurel;
yo esta ovación en nombre de la
[patria

acepto como aquél.
Mil gracias, ciudadanos,
si el triunfo conquisté
la nueva idea en cambio
popularizaré.

CORO. Si logra su elocuencia
el triunfo conquistar,
la nueva idea en cambio
popularizará.

S. MAR. Yo quiero ver cien nobles
colgados de un farol,
racimo que en un día
vendimie la nación.
Yo soy descamisado,
yo quiero la igualdad;
si yo no tengo nada,
que nadie tenga más.
Muerte y exterminio
haya por doquier;
sangre y degollina,
ese es mi placer.

CORO. Muerte y exterminio, etc.

S. MAR. El pensamiento libre
proclamo en alta voz,

y muera quien no piense
igual que pienso yo.

De todo jacobino
que anhele aquí vencer
fraternidad y palo
la enseña debe ser,
Muerte y exterminio, etc.

CORO GENERAL
Muerte y exterminio, etc.

HABLADO

CIUD. 1.º Bien, ciudadano Nerón
tú serás otro Marat.

CIUD. 1.ª Si hubiera muchos patriotas
como tu...

S. MAR. Si, pocos hay.
Aquí para que la cosa
marche bien hay que cortar
lo menos dos mil cabezas
diarias. (No he dicho más
porque no se me ha ocurrido.)

CIUD. 1.ª Esa es la pura verdad.

CIUD. 2.ª Quedan muchos aristócratas
que son el foco del mal.

CIUD. 2.º Y realistas a millares.

CIUD. 1.º Hoy se ha logrado escapar
un sacristán que anda oculto,
pero ya parecerá;
en cuanto le eche la garra
va derecho al tribunal.

S. MAR. Sacristán. ¡Gente de iglesia!
se le debe despreciar,
dejadle.

CIUD. 1.º (Amenazador.) ¡Cómo! Tu dices
que se deje en libertad
al sacristán de un convento
de monjas!

S. MAR. ¿De monjas? ¡Ah!
¡De monjas! ¡Era de monjas!
Entonces no hablemos más,
merece la guillotina:
había entendido mal.
¡Desolación y exterminio!
¡Que no quede un sacristán!

TODOS ¡Bien!

S. MAR. (Perdone mi cofrade,
no sirve mi voluntad)
conque ciudadanos, yo
aun tengo que redactar
una moción para el club
y va siendo tarde ya.

CIUD. 1.º Si, nosotros nos marchamos
a la Convención.

S. MAR. Si hay
alguna cosa importante,
ya lo sabeis, avisad,
y mañana a la sección,
y cuidado con faltar.

CIUD. 1.º Buenas noches, ciudadano.

S. MAR. ¡Salud y fraternidad!

(Sale el Coro a la calle. Las vecinas como atemorizadas, suben por la escalera a sus habitaciones.)

MÚSICA

CORO (Alejándose.)

El pueblo sus cadenas

ha roto ya,

¡Mueran los girondinos!

¡viva Marat!

(Vase por el foro.)

San Martín solo después de ver si hay alguien

¡Basta, basta ya de ficción!

Nadie ya me puede ver.

ya puedo dejar de ser

el ciudadano Nerón.

Mi apacible condición

a solas no he de ocultar.

¡Quién había de pensar

que el beato San Martín

llegaría a ser al fin

un ídolo popular.

Yo que no tengo valor

para matar un mosquito,

así que levanto el grito

infundo a todos horror.

Se me nombra con temor,

y aquel que se atreve a más

solamente por detrás

me señala con el dedo;

y estando muerto de miedo

soy terror de los demás.

De todos los oradores

yo soy quien logra obtener

más aplausos al hacer

proyectos aterradoros.

Mas de predicar horrores

y absurdos continuamente,

tan turbada está mi mente,

que anoche mientras dormía

soñaba que me comía

a una vecina de enfrente.

Soy odiado, soy temido

y adquiere fama mi nombre.

Señor, ¿seré yo un gran hombre

sin haberlo conocido?

No; yo no soy presumido,

la gloria no me cegó,

y cien veces me ocurrió

al verme aplaudido así,

«¿cuántos habrá por ahí

que harán lo mismo que yo?»

(Entra en la portería.)

(Bostezando.)

¡Qué... tengo! Este afán

continuo rinde a cualquiera.

(Se sienta en el tablado.)

Si esa gente descubriera

qué yo he sido sacristán...

¿Cómo no adivinarán

que soy un hombre de bien?

Tienen ojos y no ven,

pero esto viene en mi auxilio.

(Santiguándose.)

In nomine Patri et Filio

Spiritu Sancto, amen.

(Se echa y duerme. Música en la orquesta.)

Aparecen por el foro en lo alto del pretit

Rouget, Magdalena y la Marquesa, vestidas

como del pueblo bajo. Esta con una gran es-

carapela tricolor en la cabeza.

MARQ. Nos sigue un hombre, Rouget.

ROU. Silencio y andad de prisa.

(Por el mismo sitio aparece también Renard.)

Una patrulla. Ocultémonos,

MARQ. ¿Pero dónde?

ROU. Aquí, en seguida.

(Se ocultan en el umbral de una puerta: Re-

nard hace lo mismo en la esquina del tercer

término derecha. Sale por la derecha una pa-

trulla de Guardias Nacionales, que se detie-

ne al oír la patrulla de seccionarios, que sale

por la izquierda. Ambas al verse preparan

las armas.)

GUAR. ¿Quién vive?

SEC. Sección del Temple.

GUAR. Vé si tiene la consigna,

(A uno de la patrulla.) ciudadano.

CIUD. (Acercándose al Seccionario que avanza.)

¡Fuerza!

SEC.

¡Unión!

CIUD. Bien. ¡Viva la Común!

TODOS. ¡Viva!

(Los Seccionarios suben por el pretit y los

Guardias se marchan por la izquierda.)

ROU. (Después de verlos desaparecer.)

No hay nadie; podeis salir.

MARQ. Os digo que nos seguía

un hombre.

ROU. ¡Callad ahora.

MARQ. (Uf, qué barrios; me horripilan!)

(Renard, que los ha seguido, al ver que se

detienen ante la casa, se oculta tras de la

esquina asomando un momento la cabeza.

MARQ. ¿Es esta la casa?

ROU.

Si,

(Abre con llave la puerta. Entran.)

(Mirando a lo largo de la calle.)

Sin duda perdió la pista.

(Cierra la puerta.)

REN. (Mirando la casa.)

Me hasta. Ya habéis caído.

No olvidaré la guarida.

(Vase rápidamente por el pretil. Cesa la música.)

ROU. (Acercándose a la portería.)
¡Ciudadano; ciudadano!
No hay nadie en la portería
sin duda; mas vendrá pronto:
habrá ido a adquirir noticias.

MARQ. ¿Pero nuestra habitación
cuál es?

ROU. No sé; prevenida
desde hoy al anoecer
me dijo que la tendría,
y es necesario esperar
hasta que venga y nos diga
cuál es. Aquí mientras llega
podéis descansar tranquilas.

MARQ. ¿Y quién es el cariñoso
protector que nos auxilia?

ROU. San Martín.

MARQ. ¡Cómo! ¡Es posible!

ROU. Silencio.

MARQ. ¡Oh, alma bendita!
Conque está en París el pobre.
Y yo que no lo sabía.

Es un santo. ¡No sé cómo
no ha ido ya a la guillotina!

ROU. Ya lo sabreis. Magdalena,
cálmate ya, no te aflijas,
Vuelva yo a ver en tus ojos
reflejarse la alegría.

MAGD. ¡Ay Rouget! Ya no es posible
murió para mí la dicha.

ROU. Te lo ruego por mi amor,

MAGD. ¿Pues que sin él viviría?

Un año lejos de ti
se ha sostenido mi vida
no más que con la esperanza
de volver a verte un día.

ROU. Pues bien, ya estoy a tu lado,
refiéreme tus desdichas
y únanse para llorarlas
tus lágrimas y las mías.

MAGD. Rouget, desde que marchaste
a la guerra, sin noticias
tuyas, creyéndote muerto,
viví en constante agonía.
La revolución creciente
desencadenó sus iras.
Yo temblaba por mi padre
que en vano evitar quería
los excesos de la plebe,
más y más enardecida
cada vez contra los nobles
que aún en la ciudad vivían.
Há muy poco tiempo fué
denunciado por realista

y conducido a París.

Preso él ya, ¿quién detenía
en su vértigo insensato
a la plebe enfurecida?

Nadie. Entre aquella marea
que por momentos subía,
nos vimos amenazadas
de muerte nosotras mismas
y una noche entre las turbas
huimos despavoridas
al resplandor de la hoguera
de mi palacio que ardía.
Vinimos a París. Yo,
confiando en la justicia
del tribunal esperaba
que a mi padre absolvería.
Cómo suponer que fuese
una delación inicua
bastante para cambiar
tan pronto al ídolo en víctima?

MAR. Y sin embargo así fué.

MAGD. Las dos, al siguiente día
de hallarnos aquí, le vimos
morir en la guillotina,
¡al son de tu himno! de aquel
que a instancia suya escribías
hace un año y que cantabas
el día de tu partida!

MARQ. ¡Dichosa canción! A mi
me causa espanto el oírla.

(Sentido.)

MAGD. Sin duda no morí entonces
porque hasta odiaba la vida,
y Dios me quitaba sólo
aquello que yo quería!

ROU. ¡Qué horror!

MAGD. Desde aquel instante
en agitación continua,
llevando nombres supuestos
para no ser perseguidas
y temiendo una denuncia
si alguno nos conocía,
hemos vivido seis meses
eternos, sobrecogidas
de terror, con la amenaza
de la muerte a nuestra vista.

MARQ. ¡Ay! ¡Hemos sufrido mucho!
Rebajadas, confundidas
con la canalla, cosiendo
para pasar por modistas,
dejándonos tutear
por la gente más indigna,
llamándome *ciudadana*,
que es lo que más me horroriza..
Os juro que muchas veces
casi he estado decidida
a exclamar a voz en grito

denunciándome yo misma:
¡he sido, soy y seré
aristócrata y realista!
¡Muera la revolución
y viva la monarquía!

ROU. ¡Prudencia! ¡Por Dios!

MARQ.

Al fin
he logrado hacer de tripas
corazón, y eso tal vez
nos ha salvado la vida.
Me he puesto la escarapela
tricolor; ¡ved que bonita!
y hoy os dirá todo el mundo
que soy una jacobina
descamisada. Y en esto
no mienten los que lo digan,
que entre unos y otros al fin
me han dejado sin camisa.

ROU. Al escuchar el relato
de todas vuestras desdichas
veo que no fué conmigo
la desgracia tan impía.
Desde que lejos de tí,
pisando tierra enemiga
fui soldado de la patria
del Rhin en la opuesta orilla;
la vida del campamento,
el peligro y la fatiga,
todo, prestaba a mi ser
nuevo aliento y nueva vida,
y con tu amor por escudo
valeroso combatía.
Cien veces al son del himno
que hoy en tus oídos vibra
como un cántico de muerte,
nuestras huestes decadas
por el cansancio, se alzaron
poderosas a mi vista.
Entonando con voz ronca
las estrofas aprendidas
entre el fragor incesante
de aquella lucha continua,
los soldados fueron héroes,
y al pelear, *parecía*
que el corazón de la patria
palpitaba en nuestras fitas.
Mi canción daba al soldado
con sus frases vengativas,
en la derrota consuelo,
en la victoria alegría.
Ya desbandado el ejército
cuando la traición inicua
de Dumouriez, yo rompí
el acero que ceñía.
Fui presuroso a Strasburgo,
procuré adquirir noticias
vuestras, pero inútilmente;

y cuando casi perdida
la esperanza de encontrarte
mi ánimo desfallecía,
Dios te puso en mi camino.
Sea mil veces bendita
la hora en que mis ojos vuelven
a ver tu imagen querida.

MAGD. ¿Y... aquella mujer?

ROU. Quién, ¿Flora?

No sé si está muerta o viva.

(Con emoción.)

MAGD. ¡Es posible! ¿No está aquí?

ROU. Tres meses há cayó herida
en el campo y prisionera
de las tropas enemigas.
Ignoro cuál fué su suerte
después.

MAGD. Infeliz.

ROU. Es digna
de compasión.

MAGD. La perdono.

Su delito consistía
en amarte, y para mí
sólo esto la justifica.

S. MAR. (Soñando.) *Et cum espíritu tuo*.
(Despertando sobresaltado.)

¡Eh! ¿Quién es? Qué pesadilla.

(Sentándose.)

Si alguien me ha oído... Soñaba
que estaba ayudando a misa.

(Se levanta.)

ROU. ¿Habéis oído? Parece
que hay gente en la portería.

(Acercándose.)

Ciudadano

S. MAR. ¿Quién me llama?
(Cifándose el sable.)

Voy.

ROU. Es él.

(A la Marquesa y Magdalena.)

S. MAR. Voy en seguida.

Dichos, San Martín.

S. MAR. (Saltando.) ¿Quién es?

MARQ. San Martín.

S. MAR. (Cogiéndola violentamente por un
brazo.) Chitón.

San demonio.

MARQ. ¿Qué tenéis?

S. MAR. Me llamo, no lo olvidéis,
el ciudadano Nerón.

MARQ. (Aterrada.) ¡Cómo! Sereis vos...

S. MAR. Si tal.

El mismo.

MARQ. (Cómo ha cambiado.)

S. MAR. El primer descamisado
de toda la capital.

Yo soy Nerón, pero en todo,

y como él matando vivo.

MARQ. (Dios nos valga.)

S. MAR. Y os prohibo que me llameis de otro modo.

MARQ. (Dios mío, si este es otro hombre.)

S. MAR. ¿Oís?

MARQ. Así os llamaré, San... Nerón. Pero, ¿por qué habéis cambiado de nombre?

(Tímidamente y con mucho sigilo.)

S. MAR. Qué pregunta, voto a tal.

Pues no sabéis ignorante, que hemos dejado cesante a la corte celestial?

Hoy, todo buen ciudadano que es enemigo del trono, elige por su patrono a un héroe griego o romano. Yo tengo entre los vecinos de la casa, Cicerones, Calígulas y Catones y Rómulos y Tarquinos.

Hay Lucrecias y Sabinas y Aquiles y Horacios flacos, y dos madres de los Gracos y tres o cuatro Agripinas.

Y un Scipión, un Marcial, un Scévoia, un Severo, dos Brutos en el tercero y tres en el principal.

MAR. ¡Ah, Todo ha cambiado, sí!

S. MAR. Y es raro que lo extrañéis; vos misma ya no seréis la Marquesa de Valmy.

MAR. ¡Callad! ¿Qué he de ser? Yo soy la ciudadana Isidora, costurera y planchadora.

S. MAR. (Riendo.) Lo que va de ayer a hoy!—

(Trancisión.)

Bien, pues como he dicho ya al ciudadano Rouget, yo en esta casa os tendré y nadie os molestará.

MAGD. ¡Gracias!

S. MAR. Con la condición de verme sólo y hablarme como portero y llamarme el ciudadano Nerón.

MAR. Está bien.

S. MAR. Y procurad al hablar de ciertas cosas el no haceros sospechosa a nadie en la vecindad. No vayan a descubrir quiénes sois a lo mejor

y por hacer un favor me den a mí que sentir.

MAGD. Podeis estar descuidado: temerosas de inspirar sospechas, casi a no hablar nos hemos acostumbrado.

ROU. (Con ironía.) La libertad conse- [guida]

por el pueblo es tan completa que una palabra indiscreta hoy puede costar la vida.

S. MAR. ¿Queréis libertad mayor?

ROU. Mucho mayor la anhelaba, que la libertad acaba en donde empieza el terror.

S. MAR. Es que por diversos modos y esperando impunidad...

ROU. No la llaméis libertad si no es igual para todos! De estar sujeta a la ley de la infame tiranía yo nunca preferiría la de un pueblo a la de un rey. Y no es que al monarca inmolo la fe que en mis venas arde, es que al menos no es cobarde cuando la ejerce uno solo.

S. MAR. Os escucho con sorpresa.

ROU. No sé por qué, ciudadano.

S. MAR. Así habla el republicano autor de la *Marsellesa*.

ROU. Mi himno no se llama así.

S. MAR. ¡Cómo!

ROU. Al ser envilecido ese canto hasta ha perdido el nombre que yo le di. Marsellesa con qué razón a apropiárselo se atreve? Mi canto llamarse debe el canto de la Nación. Vengo de oírlo entonar al soldado que pelea, cantando un himno a la idea que le impulsa a pelear. Y veo aquí con dolor que ese canto que ha animado en la batalla al soldado es el himno del terror. Yo en esa canción querida, que oigo profanar ahora, forjé un arma vengadora, pero no un arma homicida. Aquí sembrando el espanto marchan hordas de bandidos al compás de los sonidos de ese patriótico canto, y a la par que lo profieren

en el crimen se desatan;
aquí cantándolo matan
y allá cantándolo mueren.
Siempre suenan para mí
allí alegre, aquí sombrío;
¡aquel es el canto mío,
no el que entonan los de aquí!

S. MAR. ¡Silencio!

Rou. ¡Tenéis razón!
Alguien nos puede escuchar.—
Creo que debéis entrar
en la nueva habita. on.

S. MAR. (Dirigiéndose a la portería.)
Voy por la llave.

Rou. Yo os ruego
me dejéis la de la puerta
de la calle, por si acierta
a serme precisa luego.

S. MAR. ¡Llevadla!
(Entra en la portería y coge la otra
llave.)

MAGD. ¿Te marchas?

Rou. Sí,
pero acaso volveré:
si noto alarma vendré
a pasar la noche aquí,
mas si no hay agitación...

MAGD. ¡No salgas! Me infunde miedo
verte marchar.

Rou. Hoy no puedo
faltar a la Convención.
(En voz baja para que no se entere
San Martín.)

(Si el partido girondino
logra esta noche salvarse,
quién sabe! puede esperarse
que cambie nuestro destino!

MARQ. ¡(Dios lo quiera!)

Rou. Hasta mañana,

MAGD. Magdalena!
¡Adiós, Rouget!

Rou. Ven temprano.
Sí vendré.

(A la Marquesa.)
¡Buenas noches... ciudadana!
(Sale a la calle después de cerciorar-
se que nadie le ve. Vase por la iz-
quierda.)

Dichos menos Rouget

S. MAR. Voy a coger el farol.
(Lo descuelga.)

Vamos.—Veréis qué cuartito:
no es que sea muy bonito,
pero es claro como un sol.

MARQ. ¡Gracias!

S. MAR. Y al menos podréis
tranquilas en él estar.

MAGD. Cómo os podremos pagar
el favor que nos haceis!

S. MAR. Ya os he dicho lo que quiero:
(Abriendo la puerta derecha.)
hablar poco y se acabó.
¡Pasad!

(Cediéndolas el paso cortesmente.)

(Entra Magdalena.)

(Ya olvidaba yo (Transición.)
mi papel!)

(Entra antes que la Marquesa, im-
diéndola el paso.)

MARQ. ¡Habrá grosero! (Entra.)

Flora, baja por el prestil como reconociend
el sitio.

MÚSICA

Esta es la calle,

no hay duda, no.

Este es el sitio

que me indicó.

Renard me jura

que vió a los dos...

celoso acaso

se equivocó.

Goce mi alma,

no más recelos;

ceda un instante

mi agitación:

Basta de duda,

duerman los celos

en lo profundo

del corazón.

Voy a verle, Dios mío.

¡Qué más dulce placer!

Voy al fin en sus ojos

a mirarme otra vez.

Si él a mi acento enamorado

con tierna voz responde ya,

¡oh, qué feliz seré a su lado,

cuánta ventura me dará!

(Transición.)

Mas si otra vez su pecho yerto

se muestra duro a mi dolor.

seré leona del desierto

que ruge fiera por su amor.

Dicho y Renard, después San Martín.

HABLAO

REN. Flora.

FLO. Renard.

REN. (Señalando la casa.) Aquí es.

FLO. Qué feliz casualidad.

Ahí habita el ciudadano

Nerón.

REN. ¿Le conoces?

FLO. ¡Ah!

Más de lo que él se figura.

En nuestras manos están;

ahora te respondo de ello.

(Queda como pensando.)

S. MAR. (A la Marquesa, que la acompaña hasta la puerta.)

Cuidado con olvidar lo dicho.

MARQ. No lo olvidamos.

S. MAR. Salud y fraternidad.

MARQ. (Y un demonio que te lleve.)

(Cierra la puerta.)

FLO. (Dirigiéndose a la puerta.)

Sí, lo mejor es llamar: él debe estar a estas horas.

REN. ¿Qué intentas?

FLO. Ya lo verás.

(Da dos aldabonazos.)

S. MAR. (Que da un salto al oír los golpes.)

Jesús. Qué susto me ha dado. ¿Ahora quién diablos será?

¿Quién es? (Con voz muy ronca.)

FLO. Una ciudadana que quiere hablarte.

S. MAR. Allá va.

Siempre será una oradora de la sección que vendrá a consultarme, de fijo, alguna barbaridad.

Esto de ser hombre público es lo más pesado y más...

(Abre la puerta.)

FLO. Buenas noches

Entra tú también, Renard.

(Entran los dos.)

S. MAR. Ciudadanos, poco a poco.

(Deteniéndoles.)

Ante todo, ¿a quién buscais?

FLO. Al ciudadano portero.

S. MAR. Yo soy. ¿Qué queréis?

FLO. Hablar

Cierra la puerta.

S. MAR. Es que yo

tengo prisa.

FLO. Dejarás

todo en cuanto yo te diga dos palabras.

S. MAR. (Después de empujar la puerta.)

Dílas ya.

FLO. Te conozco. (En voz baja.)

S. MAR. (Asustado.) ¿Eh?

FLO. (Riendo.) ¿Qué te pasa?

S. MAR. No, nada. (Qué atrocidad, iba a venderme.)

FLO. Parece

que te has alterado.

S. MAR. ¡Bah!

Pues me gusta. ¿Por qué causa? Si me conoces, sabrás

que soy Nerón, el amigo, el émulo de Marat.

FLO. No es eso.

S. MAR. ¡Cómo! Es gracioso si me vendrás a probar que yo no soy yo.

FLO. No es eso.

S. MAR. Entonces...

FLO. Ya entenderás.

(En voz muy baja.)

Yo te conozco hace mucho!

S. MAR. ¡Mentira!

FLO. Cierto

S. MAR. (Más alterado.) No hay tal, yo no tengo conocidos de antes.

FLO. No hay por qué gritar: te importa hablar en voz baja, Ese no lo sabe. (Por Renard.)

S. MAR. (Tranquilizándose algo.) (Ah!) Pues bien, ¿de qué me conoces?

FLO. De cuando eras sacristán.

S. MAR. ¡Yo!

FLO. (Subiendo la voz.) Sacristán de las [monjas

Teresas.

S. MAR. (Aterrado.) ¡Por Dios, callad!

FLO. (En voz baja.) Ya ves como te con- [viene

que hablemos bajito.

S. MAR. (¡Ay! yo no sé lo que me pasa; yo me voy a desmayar.)

FLO. Tranquilízate, no vengo a causarte ningún mal.

S. MAR. Muchas gracias.

FLO. Mas no ignores que te puedo denunciar.

S. MAR. ¡Por Dios!

FLO. Y que denunciado, te guillotinan y en paz.

S. MAR. Dispone de mí al momento que yo haré cuanto queráis.

FLO. Bien, poco a poco. Tú sabes la pena que el tribunal revolucionario impone al que se atreve a ocultar a un ex-noble.

S. MAR. (¡San Gervasio!)

FLO. Sé que en esta casa están ocultas dos aristócratas.

S. MAR. (Infelices.) No es verdad

FLO. La hija del barón Dietrich, guillotinado poco há, y su tía.

S. MAR. (Esta mujer lo sabe todo.)

Flor. Además está aquí Rouget de L'isle, girondino, ex-capitán de artillería...

S. MAR. No es cierto, ese os juro que no está.

FLOR. Es inútil que lo niegues. yo misma lo he visto entrar.

S. MAR. No vive aquí, se ha marchado, lo juro.

FLOR. (Con interés.) ¿Y no volverá?

S. MAR. ¿Dónde ha ido?

S. MAR. No lo sé. Quedó en venir a pasar la noche aquí si notaba alguna intranquilidad: si ocurría alguna cosa muy grave.

FLOR. Entonces vendrá.

S. MAR. ¿Pues qué hay? (Agitado.)

FLOR. En la Convención acaban de condenar a veintidós girondinos, que mañana morirán.

S. MAR. (¡Qué horror!)—Me alegro! Yo [soy patriota como el que más.

FLOR. (¡Animal!) (Dirigiéndose hacia Renard.)

S. MAR. ¿Eh? (Me parece que me ha llamado animal.)

FLOR. (A Renard.) (¿Quieres hablarla?)

REN. (Si quiero.

FLOR. Por última vez.) (¿Estás decidido a todo?)

REN. (A todo.)

FLOR. ¡Ciudadano!

S. MAR. ¿Qué mandáis?

FLOR. ¿Dónde están esas mujeres?

S. MAR. En ese cuarto.

FLOR. Pues vas a hacer que salga la joven; éste la tiene que hablar.

S. MAR. ¿Y quién digo que la llama?

FLOR. Cuando salga lo verá. Tú esperas dentro a que vuelva.

S. MAR. Pero...

FLOR. ¡Silencio!

S. MAR. No hay más: me cogieron en la red y no me puedo escapar! (Dirigiéndose al cuarto de Magdalena)

FLOR. (A Renard.) Por si acaso Rouget [vuelve mientras vosotros habláis

yo te esperaré en la calle

REN. Bueno.

FLOR. ¿No vacilarás?

REN. ¡Mía o de la guillotina! Lo juro a fe de Renard. (Sale Flora a la calle.)

S. MAR. (Dando golpes a la puerta.) ¡Ciudadanas! ¡Ciudadanas! Se habrán acostado ya.

MAR. (Dentro.) ¿Quién es?

S. MAR. Abrid al momento. (La Marquesa abre y entra San Martín.)

REN. (Deseo y dudo a la par.) Flora en la calle; Renard, en el patio; luego Magdalena, que se detiene al ver a Re-

MÚSICA

MAGD. ¡Renard! (¡Dios mío!)

REN. El mismo soy. Hablarte quiero.

MAGD. (Perdida estoy.)

REN. ¿Pensaste acaso que huyendo así no lograría llegar a tí? Yo de tu paso la huella sigo, siempre anhelante, lleno de afán; que a mi alma, dura como el diamante, atrae tu dulce mágico imán.

Y aunque siempre insensible a mis [quejas

no ves mi dolor, cuanto más de mi lado te alejas más crece mi amor.

MAGD. Basta, que en vano con voz amante queréis el odio disimular; ni ayer altivo ni hoy suplicante de mí el cariño podréis lograr. Es inútil robarme la calma con vuestro rigor; ya sabéis que mantiene mi alma la fe de otro amor.

FLO. (Si antes altiva luchó constante hoy al peligro sucumbirá. Renard al cabo será su amante

y mi venganza
se cumplirá.

Verla logro sufrir de la pena
el fiero rigor:

para mi alma que el odio envenena
no hay goce mayor.)

MAGD. Ya sabéis que mantiene mi alma
la fe de otro amor.

REN. ¡Oh, sí! Mas juro
que ya de hoy más
su amor, impla,
no gozarás.

Sé que tu amante
por fin te halló;

mas vuestra unión ansiada
sabré impedirla yo.

Cese tu desdén, cese tu desvío;
yo no guardo amor en el pecho mío;
ya no soy aquel desdenado amante
que escuchó tu voz muda y anhelante;
que miraba en tí su ángel salvador,
que llegaba aquí mendigando amor.
No soy el loco que amor demanda,
víctima ciega de tu rigor;
soy el que exige, soy el que manda,
soy dueño tuyo, soy tu señor.

Hoy en mis manos
tu vida está.

Con el desdén la muerte
buscando vas.

Dame a lo menos
para mi amor
una esperanza sola.

MAGD. ¡Mil veces no!
REN. La suerte de tu amante
por fin se decidió;
terrible mi venganza
caerá sobre los dos.

Cese tu desdén, cese tu desvío;
ya no guardo amor en el pecho mío,
ya no miro en tí mi ángel salvador,
ya no llego aquí mendigando amor.

MAGD. (Ten de mi piedad, sólo en tí

[confío,
sálvame, Señor. Sálvame, Dios mío;
caiga sobre mí todo su furor,
librese Rouget, sálvese mi amor.)

FLO. (Si hoy por el terror cesa tu desvío,
duda ya no habrá siendo el triun-

[fo mío;
yo por fin seré dueña de su amor
yo sabré calmar todo su dolor!)

(Magdalena entra rápidamente en su habita-

[ción.)
Dichos menos Magdalena

HABLADO

REN. ¡Oh! Ya no debo abrigar

ni la más leve esperanza.
¡Consuéleme la venganza
si me puede consolar!

Pobre de tí. ¡Flora; Flora!
FLO. (Entrando.) ¿Qué pasa? ¿Qué ha
[respondido?

REN. Que no.

FLO. ¿Y estás decidido
a denunciarla?

REN. Sí; ahora.

Si nó mi odio desfallece,
y a mi pesar considero
mucho más lo que la quiero
que lo que ella me aborrece.
Este corazón maldito
temo que me haga traición.

FLO. ¿Sabes que la delación
tiene que ser por escrito?

REN. Sí.

Dichos; San Martín

FLO. Ciudadano portero.

S. MAR. ¡Dios mío, aún están aquí!
¿Qué mandáis?

FLO. ¿Hay por ahí
pluma, papel y tintero?

S. MAR. Entrad en la portería.
(Dirigiéndose hacia la escalera.)

FLO. ¿Dónde vas?

S. MAR. A descolgar
el farol para alumbrar.

FLO. ¡Ah! Bueno.

S. MAR. (¡Virgen María!)
(Descuelga el farol y entra en la portería.)

REN. (¿Y ha de quedar libre él
cuando lo tengo en mi mano?)

S. MAR. Aquí tienes, ciudadano,
pluma, tintero y papel.

REE. (Sentándose a escribir.)
(Si a ella salvarla no puedo,
mueran los dos) (Escribe.)

S. MAR. Si pudiera
ver lo que escribe siquiera.
Estoy temblando de miedo.

(San Martín procura ver lo que Renard es-

cribe.)
REN. ¿Qué te importa lo que escribo?

S. MAR. (Separándose.) ¿A mí? Nada.
[Pues señor

esto aumenta mi temor.

Ay, yo no sé cómo vivo.

REN. Ya está. Voy al comité.

FLO. Yo me quedo por si él viene.

REN. Vendrá, pues, ¿qué duda tiene?
(A San Martín.)

Dijiste antes que Rouget
vendría esta noche?

S. MAR. Si;

él dijo que si ocurría algo grave volvería a pasar la noche aquí.
FLO. (A Renard.) Oye, podéis ir los dos No vaya a avisarlas.

REN. Cierto.
ven conmigo. (A San Martín.)

S. MAR. (Ya soy muerto.)
¿Dónde?

REN. Al comité.
S. MAR. (A Flora.) ¡Por Dios!

FLO. No temas; te he dicho ya que contigo no va nada.
Es con ella.

S. MAR. (Desgraciada.)

REN. Andando.

S. MAR. Vamos allá.
(Salen a la calle y suben por la calle-juela.)

Flora, que se ha quedado sombría meditando (De pronto.) Vamos, que no estoy [tranquila!

Está visto: me ha dicho Dios para luchar con nobleza, de frente, a la luz del sol. Casi casi me arrepiento de haberle ayudado yo. Esto al fin y al cabo es una infame delación.

(Sale Rouget por donde entró antes.) Pero alguien viene... ¿Será?... ¡El es! ¡Ya no dudo, no! Son sus pasos que resuenan dentro de mi corazón.

Flora y Rouget

MÚSICA

FLO. ¡Rouget!

ROU. ¡Qué veo! ¡Flora!

FLO. ¡Yo misma, yo!

ROU. ¡Tú aquí!

¿Qué buscas? ¿Qué pretendes?

¿Qué quieres? Pronto, di.

FLO. ¡Qué busco! ¡Qué pretendo!

—Ni una palabra más!
sólo sorpresa y duda!

sólo temor quizá!

¡Ah!

Lejos de ti y herida y prisionera sólo el afán de verte junto a mí, fué mi sosten, y alegre placen- [tera

muda al dolor tranquila resistí
Y hoy que por fin mi anhelo puedo lograr,
ni una mirada tuya
calma mi afán.

ROU. Siempre sintió cariño el alma mía

y gratitud y afecto para ti;
verte feliz mi corazón ansia;
la ingratitud no cupo nunca en [mí.

Di que deseas, pide.
dímelo ya;
siempre a tu voz dispuesto me encontrarás.
Qué he de querer yo para mí?
vengo a salvarte,
vengo por ti.

De muerte amenazados están los girondinos; hoy mismo a ti con ellos tal vez te buscarán; huyamos de la muerte que te amenaza impía, huyamos hoy, mañana remedio ya no habrá.

Yo puedo hacer que hoy mismo ganemos la frontera, y lejos de la patria ingrata para ti, tranquilos viviremos, y siempre y donde quiera una sumisa esclava encontrarás en mí.

ROU. ¡Marchar! ¡Sin ella!—¡Nunca!
no digas más:
yo lejos... ella sola!

¡Eso jamás!

FLO. Tu vida amenazada me llena de terror; desoye la llamada de ese funesto amor.

ROU. En vano suplicante me rogarás.
yo al riesgo abandonarla, ¡eso, jamás!

CORO (Lejano.) *Cà ira.*
¡Ah, bien va! Bien va. Bien va.
A colgar realistas de los faroles.
Ah, bien va, bien va, bien va.
Todos los que caigan se colgarán [rán.

FLO. Pues bien, ingrato, escucha.
escucha y tiembla ya,
la voz del pueblo es esa que ciego viene acá.

CORO (Lejano.) *Cà ira.*
¡Ah! Bien va. Bien va. Bien va.
A colgar realistas de los faroles.
¡Ah! Bien va. Bien va. Bien va.
Todos los que caigan se colgarán

FLO. Rugientes se aproximan buscando a esa mujer, si acaso aquí te encuentran te prenderán también.
Rou. ¿Has dicho que la buscan?
FLO. ¡Por ella vienen, sí!
Rou. ¡Infame! Ya comprendo. Apártate de mí.
(Rechazándola duramente.)

De tu voz el satánico acento cambia en odio mi acento hacia [ti].
¡Ah! ¡Maldigo el infame momento [to]

FLO. en que noble tu pecho creí!
La verdad a tus ojos presento; el peligro llegó para tí. No desoigas al vivo mi acento, que a la muerte te entregas así.

(La rechaza haciéndola caer al suelo y se dirige a la habitación de Magdalena. Llama y entra.)

Dichos, San Martín, Renard, un Comisario, Gendarmes, Seccionarios, Furias de la guillotina, descamisados, etc., etc. Gran masa de gente que va llenando la calle y el pretil. Algunos traen hachas de viento. Otros con armas. Varios chicos, que armados con piedras hacen sonar a compás del canto. Las vecinas se asoman al corredor.

CORO GENERAL

¡Ah! Bien va. Bien va. Bien va.
A colgar realistas de los faroles
Bien va. Bien va.
Dos aristócratas
van a prender,
buen espectáculo
vamos a ver,
Ah! Bien va, etc.

(Las turbas, precedidas del Comisario, Renard y San Martín entran en el patio. Abrense las ventanas de las casas asomándose por ellas algunos vecinos. Gran tumulto.)

CORO ¡Mueran los aristócratas y viva la Nación!
COM. (Llamando a la puerta del cuarto de Magdalena.)

Abrid a la República que represento yo.

(Abrese la puerta saliendo Magdalena y Rou-

get. Detrás la Marquesa, a quien poco después San Martín obliga a que vuelva a entrar.)

COM. ¿Tú eres la ciudadana Magdalena Dietrich?

MAGD. Yo soy.

COM. (A los gendarmes.) Prendedla!

CORO. Muera.

REN. (Que coge a Magdalena para entregarla a los gendarmes.)

Tu dueño soy al fin.

(Señalando a Rouget.)

Ese es el girondino.

ROU. (Adelantándose.)

Es cierto, sí, yo soy. (Le prende.)

FLO. (A Renard.)

¿Qué has hecho, miserable?

REN. Me vengo de los dos.

FLO. A costa de mi vida sabré salvarle yo.

CORO. Marchemos, hijos de la patria, glorioso día luce ya...

ROU. (Aterrado.)

Callad. Yo os lo suplico.

Callad por Dios. Callad.

REN. Le hace daño al realista; ciudadanos, cantad.

CORO. Marchemos, hijos de la patria, [etc.]

ROU. Y esas notas de mi alma brotan [ron

de la patria al sagrado calor.

¡Ah! Maldita la mano que escribe esos cantos de muerte y horror.

CORO. Marchemos, hijos de la patria, [etc.]

(Re llevan a Rouget y Magdalena y las turbas siguen cantando siempre hasta perderse por el foro.)

FLO. (Que va a seguirles se detiene en la calle.)

Morir. Morir con ella.

¡Qué horror! No. No será.

(Arrodillándose.)

Mi vida por la suya.

¡Perdon, Señor! ¡Piedad!

(Cae desplomada y se oye lejano la Marsellesa.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

CUADRO CUARTO

LA CONSERJERIA

Galería baja en la prisión de la Conserjería. A la izquierda salida a un pasillo, que da al exterior, con verja. A la derecha dos puertas, una con grandes cerrojos, que conduce a

los calabozos. Al foro dos grandes arcos, por los cuales se ve el patio. Mesa y taburetes de madera. Un gran farol pendiente de la bóveda a poca altura. Varias rejas sobre la parte de la izquierda.

Un comisario, Gendarmes y Carceleros, jugando sentados a la mesa. Otro, con arma al brazo, paseando por delante de las prisiones, y en el foro otro. Al levantarse el telón empieza a amanecer.

MÚSICA

VOZ ¡Alerta, ciudadanos!
OTRO (Más lejos.) ¡Alerta!
OTRO Alerta está
COM. Qué bien cambia de mano
el dinero.

GEN 1.º Ya, ya. (Jugando.)

GEN 2.º Va doblada la apuesta.

CAR. 1.º Ocho van.

GEN. 1.º Ya perdí.

CAR. 1.º Quince sueldos me cuesta.

GEN. 1.º Veinte me cuesta a mí.

COM. Ya despunta la aurora
ya saldrá pronto el sol.
Ciudadanos, ya es hora
de apagar el farol.

(Un carcelero lo apaga, quedando la escena en una semicircularidad, que va aumentando rápidamente. El Comisario se retira por el foro.)

CAR. Va a llegar el relevo,
la baraja guardada,
de este tarro, que es nuevo,
la Ginebra, apurada.
Llenen dos copas que pasan de mano en mano.)

TODOS Para el que pasa
la noche en vela
no hay desayuno
como el licor;
templa el gaznate,
limpia y consuela
y presta al cuerpo
vida y calor.
La puerta se abre, atención.

(Se abre la reja de la izquierda y entran San Martín y la Marquesa.)

Dichos, San Martín y la Marquesa

S. MAR. ¡Salud y Fraternidad!

TODOS El ciudadano Nerón
y su apreciable mitad.

S. MAR. (Presentando a la Marquesa.)

Amigos míos,
tengo el placer
de presentaros
a mi mujer.

TODOS. ¡Valiente moza!

S. MAR. ¡Valiente, sí!

Por lo valiente
me hizo tilin.

MARQ. (Y que una tenga

que resistir!...
Todos los nervios
me hacen así!) (Crispando las
manos.)

CORO. Y desde cuándo
casado estás?

S. MAR. Hace tres días
o poco más.

CORO. Y en qué parroquia,
di, gran bribón,
te ha echado el cura
la bendición?

S. MAR. Cura a *este cural*
Qué atrocidad!
No tuve de ello
necesidad.

CORO. No hay más que oírle,
no hay más que ver;
es demagogo
de buena ley.

S. MAR. Permite la república
que pueda sin faltar,
en uso del libérrimo
derecho conyugal,
unirse un par de prójimos,
y así, sin más ni más.
gozosos irse al tálamo
con toda libertad.
Y por este método,
¡ay, qué retebient!
sin oír la epístola
de San... no sé quién,
y sin más andróminas
que un *dame* y un *ten*,
cásanse sin clérigo
en un santiamén.

CORO. Y por ese método
¡ay, qué retebient!
cásanse dos prójimos
en un santiamén!

HABLADO

CAR. 1.º Vaya un brindis por tu boda.

S. MAR. Gracias; por mi boda va
(Bebiendo.)

CAR. 1.º (A la Marquesa.)

Oye tú, bebes ginebra?

S. MAR. Que sí bebe. Y aguarrás.

CAR. 1.º Pues toma una copa.

MARQ. (Ay Dios! (La bebe.)
que tragos hav que pasar!)

CAR. 1.º Y qué diablos te ha traído tan temprano por acá?

S. MAR. Pues... cosas de ésta; quefía ya hace tiempo visitar las prisiones... y la dije, hoy tengo yo que ir allá, vente conmigo y la ves.

Al ciudadano Layard. —me acordé de ti—, le toca de guardia, y te enseñará lo que quieras... por supuesto, si es que no hay dificultad.

CAR. 1.º Para los buenos patriotas siempre estas puertas están francas, ya lo sabes tú. La ciudadana será buena patriota?

S. MAR. Tremenda! Se va a ver guillotinar todos los días, y goza de una manera que ya. Y ha echado en el club discursos conque no os digo más.

CAR. 1.º ¿Sí, eh?

S. MAR. Con una elocuencia que deja a Danton atrás.

GENDS. Y CAR. Ja, ja, ja!

GEND. 1.º Que diga algo.

TODOS Que hable.

CAR. 1.º Sí, tienes que hablar.

S. MAR. Habla.

MARQ. Pero aquí...

CAR. 1.º No importa; imagínate que estás en el club.

TODOS Venga un discurso

S. MAR. (Rápidamente y aparte.)

(Hablad por Dios.)

MARQ. Allá va.

(Tose y se prepara.)

¡Señores!

TODOS ¿Cómo señores?

CAR. (Acercándose amenazador.)

¿Qué es eso?

S. MAR. (Interponiéndose.) Basta. Hay paz.

Lo ha dicho... irónicamente, en tono de burla.

TODOS ¡Ah!

S. MAR. Pero ni aun en ese tono te lo vuelva yo a oír más, o te pego una paliza que te deslomo.

MARQ. (Animad.)

(Después de toser.)

Ciudadanos.

TODOS Bravo; bien,

MARQ. Descamisados.

TODOS Bien va.

MARQ. (Iba a decir indecentes, pero se incomodarán.) La libertad o la tumba. La muerte o la libertad.

TODOS Bien.

MARQ. La nación pide sangre,

TODOS Bravo.

MARQ. Es preciso apurar hasta la última gota del... pues... y del... de la... En fin, ciudadanos, pido la indivisibilidad de la república.

TODOS Viva.

MARQ. Y el reparto general.

TODOS Bravo.

MARQ. Y el terror... y he dicho Salud y fraternidad.

TODOS Bravo. Muy bien.

(Se oye una corneta.)

GENDS. El relevo.

(Cogen las armas los gendarmes y salen al patio donde los relevan otros durante el principio de la escena siguiente.)

CAR. 1.º Ea, yo voy a pasar revista, más pronto salgo.

(A San Martín.)

Si vosotros me esperais entrareis en cuanto cumpla con esta formalidad.

S. MAR. Hasta después

CAR. 1.º (Dando en la espalda a la marquesa.)

Adios, ciudadana.

(Abre la primera puerta de la derecha y sale por ella.)

MARQ. (Volviéndose asustada.) ¡Ay! San Martín y la Marquesa

MARQ. Vamos, estas groserías ya no las puedo aguantar.

S. MAR. Silencio. Ya es necesario que hablemos con claridad.

Recatándose para que no puedan oírles.

MA^Q. ¿Qué sucede?

S. MA^Q. Una gran cosa.

MA^Q. ¿Cómo? ¿Se puede salvar a Magdalena?

S. MA^Q. No es eso.

Desgraciadamente ya sólo intentarlo sería condenarnos los demás.

MA^Q. ¡Dios mío!

S. MA^Q. Por complaceros y para que la veais por última vez, os traje.

No vayais luego a olvidar mis instrucciones. Cuidado con hacer un ademán, un gesto, por el cual puedan ni siquiera sospechar que os conocéis.

MARQ. Y si acaso ella viene...

S. MAR. Descuidad. Yo le indicaré por señas cuando no puedan notar que no hago... Pero vos nada.

MARQ. Bueno.
S. MAR. (Con gran misterio. Sacando un papel.) Y ahora... mirad.

MARQ. ¿Y qué es eso?
S. MAR. Un pasaporte.

MARQ. ¡Un pasaporte!
S. MAR. Sí tal, para dos, para nosotros.

MARQ. ¡Cómo!
S. MAR. Sí, para escapar hoy mismo. ¿No comprendéis?

MARQ. Dios mío, ¿será verdad?
S. MAR. Y tan verdad. Ya que a ella no la podamos salvar, salvémonos a lo menos nosotros.

MARQ. ¿No me engañáis?
¿Pero vos no estais contento en París?

S. MAR. ¡Yo! ¿Qué he de estar?
MARQ. Pero... vuestros compromisos... vuestra popularidad...

S. MAR. Yo soy lo que siempre fui.
MARQ. ¡Es posible!

S. MAR. Claro está. Y estoy deseando verme en Rusia o el Indostán, a mil leguas de París, para volver a tomar oficio de mayordomo y aspecto de sacristán. Y llamaros excelencia con toda solemnidad, y Marquesa por aquí, y Marquesa por allá, y lejos de esta gentuza, que no puedo soportar, en donde mande un tirano vivir con más libertad.

MARQ. ¡Ay, San Martín!
(Cogiéndole una mano.)

S. MAR. ¡Ay, Marquesa!
(Llenándose la boca con esta palabra.)

MARQ. ¿Y podremos escapar?
S. MAR. Hoy mismo, a las ocho en punto

un carruaje estará esperándonos; salimos por la barrera y en paz: hasta las puertas del Havre no nos detenemos ya; nos embarcamos y luego... que nos pesquen en el mar.

MARQ. Gracias. Sois mi salvador. Dadme un abrazo.

S. MAR. Tomad. (Se abrazan.)

MARQ. Ay, San Martín!

S. MAR. (Estrechándola más.) Ay, Marquesa!

CARC. 1.º (Saliendo y viéndolos.) Me parece muy bien.

LOS DOS. ¡Ay!
Dichos, el Carcelero 1.º

S. MAR. (Aterrado.) (Nos ha oído)
CARC. ¡Qué demonio!

No hay que avergonzarse. ¡Bah! Entre marido y mujer no hay nada más natural. La luna de miel exige esos extremos.

S. MAR. (Tranquilizándose.) ¡Ja, ja! (No nos ha oído.) Esta es la más zalamera y más...
(Haciéndola una caricia.)

CARC. Es natural. Ciudadana, hoy no puedes visitar las prisiones.

S. MAR. ¿Pues qué ocurre?
CARC. Que en este momento van a cerrar todas las puertas.

MARQ. (Asustada. ¡Me voy!
CARC. ¡No te asustes!

S. MAR. ¿Quié!
¿Asustarse está de nada?

CARC. Descuida, que tú saldrás.
S. MAR. ¿Pero por qué no permiten?..)

CARC. Ha querido el tribunal adelantar la hora de las ejecuciones...

S. MAR. ¡Ya!
CARC. Y mientras que se preparan las carretas y demás, es costumbre y no se deja a nadie salir ni entrar. (A la Marquesa.) Conque, lárgate si quieres ver la gran fiesta. Que hoy hay aristócratas y gente de superior calidad.

MARQ. Sí, sí, no quiero perder... Vamos.

CARC. (A San Martín.) No, tú no te vas.
S. MAR. ¿Pues?

CARC. Porque te necesito
para un servicio especial
—en nombre de la república!

S. MAR. Entonces no hablemos más.
Soy tuyo.

CARC. Esperadme aquí.
Voy en un momento a dar
varias órdenes. (Entra por el foro.)

MARQ. ¡Dios mío!
¡Qué horrible contrariedad!
San Martín.

S. MAR. ¡Callad, por Dios!
Vos salís y me esperáis
en el sitio donde ayer
nos citamos.— Iré allá
en cuanto sea posible,

MARQ. Y me marchó sin lograr
haber visto a Magdalena...

S. MAR. ¡Eh! ¡Silencio!

CARC. (Saltando, a otro.) Colocad
guardias dobles en el patio.

(A la Marquesa y a San Martín.)
Ea, venid por acá. (Por la derecha)

MARQ. (Ay, San Martín.)

S. MAR. (Ay, Marquesa.)
Cuándo me veré en la mar.)

(Vanse.)

Flora y Renard, aparecen por la puerta de la
izquierda, que abre para darles paso el Car-
celero 2.^o

CARC. 2.^a Podeis pasar.

(Dando el paso a Flora.)

REN. Oye, ahora
explicame tu proyecto;
yo me he confiado a ti
y aún ignoro...

FLO. Ese recelo
prueba, Renard, que me juzgas
por tus propios sentimientos.
Ayer me hiciste traición
y temes que yo, queriendo
vengarme de ti, te engañe.
Vive tranquilo y sin miedo.

REN. Lo de ayer...

FLO. Te lo perdono,
y fué horrible.—No hablar de
ello;
es mejor; hoy me haces falta
y te perdono por eso.
Ya ves si hablo con franqueza.
Yo soy así.

REN. Gracias; pero
aún no sé qué te propones.

FLO. Escucha; vas a saberlo.
Anoche, cuando os llevásteis
a Rouget, yo caí al suelo
y estuve allí sin volver

en mí no sé cuánto tiempo.
Al recobrar el sentido
comprendí todo lo horrendo
de la situación; pensé,
y al cabo de unos momentos
de maldecirte... ¡de veras!
de pronto me ocurrió un medio
te arreglarlo todo.

REN. ¿Cuál?

FLO. Calla, ya lo irás sabiendo.
Yo tengo muchos amigos,
gente de mi regimiento
patriotas que pertenecen
al club de los cordeleros.
Dije, allá voy... y allá fuí.
Guardando dentro del pecho
toda mi pena... Ya estoy
muy acostumbrada a hacerlo—
hablé con todos y así
alegremente fingiendo
no tener gran interés,
les indiqué mi deseo
de que me proporcionaran
dos pases...

REN. Voy comprendiendo.

FLO. (Continuando.)

Para entrar en las prisiones
con otra amiga y con nuestros
novios para divertirnos,
pues, como cosa de juego.
Total, pases para cuatro
personas.

REN. (Con ansiedad.) ¿Y te los dieron?

FLO. Sí.—Con éste hemos entrado,
y el otro, ve, aquí lo tengo.
(Sacándolo del pecho.)

REN. Bien, ¿pero qué te propones
que consigamos con ellos?

FLO. No lo comprendes. Librar
a los dos.

REN. Bien, pero eso
no es bastante. Libres ambos
nosotros nos hallaremos
como ayer.

FLO. Me juzgas tonta
sin duda. No seas necio.

Tú salvas a Magdalena,
que al ver llegar el momento
de morir... huirá contigo,
y allá te las hayas luego.
Yo saco a Rouget diciéndole
que ella está en salvo; la llevo
fuera de aquí, y lo demás
ya procuraré yo hacerlo.

REN. ¡Ah! Gracias.

FLO. No; ya te he dicho
que no me agradezcas esto.

Lo hago por mí; si redunda en bien tuyo, buen provecho.

REN. Y si al salir la conocen...

FLO. Para esto traigo yo puesto este manto. Nada temas. Audacia y los salváremos. Tú me das ese capote para que salga cubierto Rouget con él.

REN. ¿Pero y yo?

FLO. Tú! Ningún impedimento te han de poner a que salgas; pues por ventura estás preso?

REN. Es verdad!—Pero... quisiera que saliésemos primero Magdalena y yo.

FLO. Es lo mismo, no hay inconveniente en ello. (Dándosele.) Toma el pase. Vete [al patio] y dame el capote.

REN. Pero...

FLO. Con precaución, no lo adviertan. Ahora no miran!—¡Soberbio! (Cogiendo el capote.)

Los presos van a salir; esa gente espera a verlos; (Por un grupo de hombres y mujeres que debe haber en el patio desde algunos momentos antes.) las mujeres salen antes.

Cuando la vea me acerco, la digo que está en tu mano sacarla de aquí al momento y que yo salvo a Rouget; duda, por fin la convezco, te llamo, vienes, os vais... y hágaos felices el Cielo!

Yo por mí procuraré que nunca nos encontremos. (Campana.)

¿Oyes? La campana suena, ya van a salir los presos; yo te buscaré en el patio anda.

REN. Adiós! Yo te agradezco lo que haces por mí... y dispensa lo de ayer.

FLO. No hablemos de eso. (Renard se va.)

Flora, Carcelero 1.º, que se acerca a la puerta de las prisiones y la abre. Todos los que esperan se acercan impacientes

FLO. (De pronto.) Oh! Qué idea! Si le [habré] dado el pase verdadero! (Mirándose con atención.)

No; me tranquilizo! Es este!

El falso es el más pequeño.

(Música en la orquesta.)

(Al tocar la campana, sale por la derecha el Carcelero 1.º y abre las puertas de las prisiones.—Salen por ella una señora anciana, dos jóvenes como de la clase media y dos mujeres del pueblo. Los que las esperan en el patio se confunden con ellas abrazándolas. Procúrese preparar con algún cuidado el cuadro que forman.)

Dichos y Magdalena

MAGD. Sólo a mí en tal aflicción nadie a consolarme llega.

FLO. (Echándose a sus pies.) Perdón!

MAGD. Vos aquí!

FLO. Perdón.

Loca estuve, loca y ciega; tened de mí compasión. Sea vuestro pecio blando a mi voz!

MAGD. Qué significa!... vos a mis pies implorando piedad!

FLO. Sólo esto os indica todo lo que estoy pasando.

MAGD. Explicáos, levantad.

FLO. A vuestras plantas, señora, su arrepentimiento llora una mujer que piedad por primera vez implora. Mas veo en vuestra mirada todo el fuego del encono, y estaré aquí arrodillada hasta verme perdonada por vos.

MAGD. Alzad: yo os perdono.

FLO. (Levantándose.)

¿De veras? Esa sencilla expresión cambia mi suerte; y es sincera, bien se advierte.

MAGD. ¿Quien no perdona a la orilla del camino de la muerte?

FLO. ¡Muerte! No hay tal. Yo he venido a salvaros a los dos.

MAGD. ¡Cómo!

FLO. Sí; a Rouget y a vos. ¿Dudáis? Oh, dad al olvido mi infamia de ayer, por Dios. Creed lo que os digo, sí; temiendo que él se negase a aceptar nada de mí, os busqué a vos. Tengo un pase para que salgáis de aquí. Y yo os diré la manera

de que hoy, sin más esperar,
atraveséis la barrera
y de que podáis pasar
fácilmente la frontera.
Lo tenía desde ayer
dispuesto ya para ver
de huir ambos. Lo confieso
con franqueza. Y todo eso
es lo que os vengo a ofrecer.

MAGD. Vos. Tan completa mudanza
Si me parece mentira.

FLO. No dudeis, el tiempo avanza

MAGD. (¡Con cuanto placer se mira
la más remota esperanza!)
Si, sí, lo quiero creer,
mas no acierto a comprender
tan extraña variación...

FLO. Son cosas del corazón;
al cabo yo soy mujer.
Pudo el aborrecimiento
en mi corazón celoso
sembrar un mal pensamiento,
pero al fin... es generoso.
Miradme bien, yo no miento.
Salvaros quiero a los dos
siendo a mi promesa fiel,
y esto bien lo sabe Dios;
no lo hago solo por él;
lo hago por él y por vos,

MAGD. Gracias.

FLO. No, por vida mía
yo tal vez no os salvaría;
mas si a hacerlo me he lanzado
es porque se demasiado
que sin vos el moriría.
Y luego me ha decidido
el haberme convencido.
(¡hasta el pensarlo me hieren!)
de que... de que él no me quiere
de que nunca me ha querido.

(Conteniendo el llanto.)

No comprendió su razón
la inextinguible pasión
que para el tesoro...
No tengais celos. Le adoro
con todo mi corazón.

(Rompe a llorar.)

MÚSICA

MAGD. Veo en el llanto
que a pesar vuestro
no conteneis,
prueba bien clara
del sacrificio
que me ofreceis.
En lo que vale
yo os lo agradezco,
yo juro así:

mas aceptarlo
siendo tan grande
indigno fuera
de él y de mí.

FLO. ¡Oh! ¿Qué habéis dicho?

Capaz seréis...
Por él siquiera
lo aceptaréis.
Sólo en la suya
cifro mi suerte,
mío es su bien;
suya es mi alma,
si él es dichoso
lo soy también.
Yo por él vivo.
Comprended esto...
vos que le amais:
ved que sois dueño
de su existencia.
ved que le matan
si no aceptais.

Y no mireis mis lágrimas,
que se han secado ya;
estas serán las últimas
que verteré quizá.

MAGD. (¡Hoy que la muerte próxima
nos amenaza ya,
¿cómo rechazo, ay misera
la vida que nos da?)

FLO. Cuando felices algún día
ambos goceis de vuestro amor,
cuando risueña la alegría
borre las huellas del dolor,
pensad en mí.
Y recordad siquiera
que vuestra dicha entera
soy yo quien os la dí.

Si acaso él duda
¿qué le diréis?

MAGD. Que yo lo acepto.
¿Qué más queréis?

FLO. (Con ardor.)

Salvad a Rouget.
Salvadle por Dios.
Feliz yo veré
el bien de los dos.
Tranquilos en mí
la suerte fiad.
Sacadle de aquí,
su vida salvad.

MAGD. Salvad a Rouget.
Salvarnos los dos.
En esto se ve
la mano de Dios.
Bien clara ya ví
tu inmensa bondad.
Será para tí

mi eterna amistad. (Se abrazan.

Dichos, Rouget y varios prisioneros.

HABLADO

FLO. (A Magdalena.)

El sale ya. (Se ratira algo.)

ROU. Magdalena.

MAGD. Rouget.

ROU. Mi bien; mi alegría,

no te acongoje la pena,

alza la frente serena

y a la muerte desafia.

Siempre al cielo le pedí

morir contigo y por tí:

mi ventura está colmada.

FLO. (Sólo ella atrae su mirada!

Ni aun ha reparado en mí!)

MAG. Morir. Dime y si la suerte

por una casualidad

llegar pudiera a ofrecerte,

librándote de la muerte,

la perdida libertad?

ROU. ¿Qué dices? Tú desvarías!

MAGD. Si alguien de quien no podías

esperar que te la diera

hoy la vida te ofreciera,

responde, la aceptarías?

ROU. ¿La vida contigo? ¡Sí!

Pues qué ventura mayor,

si yo vivo para tí?

MAGD. No hablemos de nuestro amor;

calla, que Flora está aquí.

ROU. ¡Flora!

FLORA. Sí.

MAGD. Su falta olvida,

que hoy tu gratitud merece;

a tus pies arrepentida,

carifosa nos ofrece

la libertad y la vida.

Yo en ella poco hace hallé

un manantial ignorado

de amor y ternura y fe;

perdónala tú, Rouget,

como yo, la he perdonado.

FLORA Duélete de mi aflicción

y ve mi arrepentimiento.

ROU. Pobre mujer.

FLORA (Compasión.)

El único sentimiento

que debí a su corazón)

ROU. ¿Pero es verdad?

FLORA Es verdad.

¡Quiera el cielo que por mí

en tranquila libertad

goceis la felicidad

que yo nunca conseguí.

ROU. ¡Flora!

FLORA No, no hay amargura

en nada de cuanto digo;

yo anhelo vuestra ventura...

a Dios pongo por testigo,

mi corazón os lo jura.

Mas no hay tiempo que perder,

Con este pase salís

(Dando a Rouget el pase y el pliego.)

y aquí escrito podeis ver

todo cuanto habéis de hacer

para escapar de París.

Poneos mi manto vos

y que temor no se note

en ninguno de los dos.

Y tú, ponte este capote...

(A Rouget dándole al mismo tiempo

un gorro frigio.)

Y salid, pronto, por Dios.

ROU. Y tú.

FLORA Para mí hay salida

siempre franca.

MAGD. Reparad...

que si notan nuestra huida...

ROU. Pueden sospechar.

FLORA Desconfía.

no hallaré dificultad.

¡Aquí no me quedaré!

(Con amargura.)

(Ap. a Magdalena.)

(Yo a verle no volveré:

hacedle dichosa vos)

MAGD. Gracias Flora. (Abrazándola.)

FLORA Adiós, Rouget

ROU. Adiós, Flora.

FLORA Adiós. Adiós.

(Después de abrazarse conteniendo el tanto

los tres, salen por la izquierda Magdalena y

Rouget.)

Flora, luego Gendarmes, Carcelero 1.º y des-

pués Renard.

FLORA (Mirando a la puerta por donde salió

Rouget)

Con él van mis alegrías.

El era ser de mi ser,

regocijo de mis días.

¡Salid ya, lágrimas mías,

ya os puedo a solas verter!

(Renard, que sale por el foro y se dirige a

Flora, deteniéndose al oír la voz del Carcelero.)

CARC. Magdalena Dietrich! (Llamando.)

FLO. ¡Ah!

Si no han logrado salir

nos hemos perdido ya.)

CARC. (A los Gendarmes.)

Buscadla; ved donde está

y hacédla al punto venir.

FLO. (De pronto.)

¿Buscabais a Magdalena

Dietrich?
 CARC. La misma.
 FLO. Yo soy.
 CARC. Prendedia.
 (La cogen dos gendarmes.)
 REN. (Sonando estoy.)
 ¡Ella! De espanto me llena
 lo que sospechando voy.
 Salgamos.
 (Se dirige hacia la puerta de la izquierda,
 que acaba de cerrar el Carcelero 1.º)
 CARC. 1.º (Deteniéndote.) ¿A dónde vas,
 ciudadano? Na se sale.
 REN. Tengo permiso, ve.
 (Enseñando el pase, que coge el carcelero.)
 CARC. Atrás.
 Nadie pasa. Y además
 que este permiso no vale.
 Es falso.
 REN. ¡Díos mío!
 CARC. A ver,
 prended a este hombre.

REN. A mí.
 (Se acercan a él los Gendarmes.)
 Me ha engañado esa mujer
 y ha hecho que escapen de aquí
 dos presos.
 CARC. No puede ser.
 REN. Si. Y os juro que no es tal
 Magdalena Dietrich. Flora
 se llama.
 CARC. Bien, es igual,
 ya lo explicarás ahora
 delante del tribunal.
 REN. ¿Pero y los que han escapado?
 CARC. Descuida, no habrán salido:
 está todo bien guardado.
 FLO. (¡Santo Dios!)
 REN. Tú me has perdido
 pero no los has salvado.
 (Dos Gendarmes cogen a Rouget y otros dos
 a Flora y salen por el foro.)

MUTACIÓN

CUADRO QUINTO

¡A LA GULLOTINA!

Malecón del Sena, desde el cual se ve la conserjería.—Varias mujeres, hombres y chicos
 atraviesan la plaza pregonando los periódicos. La Marquesa en primer término derecha.

La Marquesa, coro de mujeres del pueblo,

MÚSICA

VEN. ¡El Amigo del Pueblo! Con los
 nombres de los guillotinadores
 en el día de ayer.

VEN. 2.º El Centinela!

VEN. 1.ª El Viejo Franciscano!

VEN. 1.ª El Monitor, con las últimas no-
 ticias de la guerra!

VEN. 2.ª El Patriota de ahora, El Pa-
 [triotista!]

(La Marquesa compra un número del
 Viejo Franciscano a un chicuelo.)

CORO DE MUJERES. (Rodeándola.)

Sepamos las noticias:

leed, leed, leed!

¿Qué dice el ciudadano

Camilo Desmoulins?

(Léase Demulen.)

MARQ. Dejadme que lo lea;
 después os lo diré!
 (Caramba con la gente
 y que curiosa es!) (Lee para sí.)

CORO. Sepamos lo que dice
 Camilo Desmoulins.

MARQ. (Parece increíble!
 Qué barbaridad!)

CORO. ¿Que pasa? ¿Que es ello?
 ¿Que ocurre? ¿Que hay?

MARQ. Sabed, ciudadanas,

la gran novedad
 que en este periódico
 acabo de hallar.

CORO. Qué pasa? ¿Qué es esto?
 Qué ocurre? ¿Qué hay?

MARQ. El Gobierno que nos manda
 y que a nuestro bien atiende,
 para hacernos más felices
 cambia el nombre de los meses,

Así ya Noviembre
 se llama *Brumario*
 y en vez de Diciembre

diremos *Frimario*;

Enero *Nivoso*

y Abril *Germinial*;

Febrero *Pluvioso*

y Junio *Pradial*.

¡Cáspita, cáspita qué órdenes

tan estrambóticas

las que nos dan!

Mándalo así la república,

pues chito y cúmplase

su voluntad!

CORO. Cáspita, etcétera.

MARQ. Ya no hay lunes, ya no hay mar-
 [tes,

ya no hay miércoles ni jueves;

se abolieron los domingos

y los sábados y viernes.

Segun he leído,

sabed ciudadanas,
que está prohibido
contar por semanas.
La cosa varía
del principio al fin:
los nombres del día
serán en latín.

Cuéntase el tiempo por décadas
y así consiguiese
más claridad:
cuártidi, quintidi, séxtidi,
séptidi, óctidi
se llamarán.

CORO. Basta de sábados!
Mueran los miércoles!
Vivan las décadas
que duran más!
Cuártidi, quintidi,
séxtidi, séptidi,
óctidi, nóñidi
dígase ya!

HAELADO

MARQ. Cuánto tarda San Martín.
(Cañonazo.)

Voz. Las carretas.

TODOS Las carretas.

(Corren hacia la izquierda y pasan grupos de gente corriendo en la misma dirección.)

MARQ. Que horror. Y desde este sitio
no hay más remedio que verlas.
Ay, yo no tengo valor
Quién sabe si Magdalena
habrá sido condenada...

Dicha, Magdalena y Rouget que vienen apresuradamente por la izquierda; luego San Martín.)

ROU. Animo. No desfallezcas.

MARQ. ¡Magdalena!

ROU. Callad. Vamos.
que nos persiguen de cerca.

S. MAR. Alto.

(Se paran aterrados la Marquesa, Magdalena y Rouget.)

MAG. ¡Dios mío!

S. MAR.

Soy yo

MARQ. San Martín.

S. MAR.

Y qué carrera

me habeis hecho dar, ¡canario!

ROU. No vuelvo de mi sorpresa.

Erais vos!

S. MAR.

El mismo; yo,
el que guardaba la puerta,
y en nombre de la República
os dejé tomar soleta.
Ni más ni menos.—Y andando,
que la gentuza se acerca.

¿Oís? (Se oye lejana «La Marsellesa»)

ROU.

¡Dios mío! Esas notas
hasta mis oídos llegan
como el eco pavoroso
de una maldición eterna.
¡Perdón, patria mía!—Vamos.

S. MAR. (A la Marquesa.)

Cuando seguro me vea,
voy a cantar un *Te Deum*
que va a retremblar la iglesia.

(Vanse rápidamente por la primera derecha. A muy poco aparece por la izquierda la multitud, que canta «La Marsellesa. Dos Gendarmes a caballo preceden a la carreta en que van Flora y Renard. Dos filas de descamisados con armas, marchan a los lados. Chiquillos, viejas, pueblo, etc.)

FLO. (Después de mirar hacia el sitio por donde a marchado Rouget.)

Gracias, Dios mío.

Libre está ya.

Muerto por él.

Cuánta felicidad.

CORO GENERAL

Marchemos, hijos de la patria,
glorioso día luce ya, etc.

(La carreta vuelve a ponerse en marcha cuando baja el telón.)

FIN DE LA OBRA

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

¡EUREKA!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.—MADRID

DEPURADOR HIGIENICO Y RAPIDO

.. ARSO ..

CARDENAL CISNEROS, 28. — MADRID

Prensa POPULAR

Calvo Asensio, 3

Apartado, 498

Teléfono, J. 624

LA NOVELA CORTA

después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros pro-
sistas más conocidos, para **complementar su apostolado de divulgación literaria,**
va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada
uno de ellos **una sola obra** en el siguiente orden, teniendo presente las
escuelas:

NOVELA ROMÁNTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la
Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enri-
que Gil.—Fernández y González.—Or-
tega y Frías.—Harzembusch.—Gertru-
dis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—
Aiguales de Izco.—Navarrete.—Pérez
Escrich.—Pilar Sinués.
Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes.

NOVELA HISTÓRICA

F. Patxot.—Cánovas.—Vicceto.—Bala-
guer.—Navarro Villoslada.—Amós de
Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los San-
tos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero
Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.

También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escrito-
res y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina
Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—
Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extrac-
tadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para
esta revista por la Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Ma-
nuel Bueno y Cristóbal de Castro.

Estos números HOMENAJE serán extraordina-
rios y se publicarán alternados con los números
corrientes de nuestros actuales colaboradores.



UNA HUCHA

en que deposita usted sus ahorros sin darse de ello cuenta, de una manera continua, matemática, gradual y cómoda, es cada una de las lámparas

O S R A M

que tenga usted alumbrando en su casa. Además de producirle un ahorro efectivo, poseerá **UNA HUCHA** irrompible.

UNA HUCHA inviolable,

UNA HUCHA que ahorra su dinero, y luce permanentemente con luz blanca y brillante.

CONCESIONARIO
LEON ORNSTEIN

MARIANA PINEDA 5.
MADRID

Oficinas y Talleres de **PRENSA POPULAR** propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Frío Antonio Palomino núm. 1, y Calvo Acensio. 20^o n. MADRID